

EL DESAFÍO DE LA SANTIDAD EN TIEMPOS DE HIPOCRESÍA



Oswaldo Rebolleda

EL DESAFÍO DE LA SANTIDAD EN TIEMPOS DE HIPOCRESÍA



Osvaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Un mundo de apariencias.....	10
Capítulo dos:	
El veneno de la hipocresía.....	21
Capítulo tres:	
El Señor no tolera la hipocresía.....	34
Capítulo cuatro:	
Hipocresía entre los santos.....	43
Capítulo cinco:	
Sin santidad nadie verá al Señor.....	52
Capítulo seis:	
Una santidad auténtica.....	62

Capítulo siete:

La belleza y el gozo de la santidad.....75

Epílogo..... 87

Reconocimientos.....95

Sobre el autor.....97



INTRODUCCIÓN

“Como tenemos estas promesas, queridos hermanos, purifiquémonos de todo lo que contamina el cuerpo y el espíritu, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación.”

2 Corintios 7:1

La historia de la Iglesia ha estado siempre marcada por tensiones profundas entre lo que se proclama y lo que se vive, entre lo que se confiesa con los labios y lo que se manifiesta en la conducta. Hoy, más que nunca, nos encontramos en medio de una crisis de autenticidad que amenaza el testimonio del evangelio, ante una sociedad cansada de palabras y deseosa de la verdad. Sin embargo, más allá de ese deseo, muchos dudan de todo, porque ya no saben en quién confiar.

Las apariencias se han convertido en monedas de gran valor; se aplaude la imagen, se enaltece lo superficial, se construyen reputaciones digitales cuidadosamente editadas, mientras la realidad de los corazones permanece oculta. Esta cultura del “parecer” ha permeado también la vida espiritual. Los malos testimonios y los incontables escándalos que se exponen en las redes, teniendo como protagonistas a cristianos conocidos, han provocado una crisis que será difícil de revertir.

El enemigo ha realizado un buen trabajo en desprestigiar a los cristianos, pero todavía hay una gran esperanza, guardada en los santos que en verdad desean vivir apasionados por Dios, siendo sinceros y dando buen testimonio con sus vidas.

Creo que este libro será de gran impulso para quienes piensan así. Lamentablemente, muchos se han dejado arrastrar al conformismo espiritual, a las prácticas de simples disciplinas religiosas cargadas de hipocresía, con actividades visibles que ofrecen seguridad ante los demás, pero que carecen de la sustancia interior que solo puede producir la comunión con un Dios santo.

La Escritura no es ingenua ante esta realidad. El profeta Isaías, en nombre de Dios, denuncia con severidad: ***“Este pueblo de labios me honra, más su corazón está lejos de mí”*** (Isaías 29:13). Jesús retoma estas palabras en su ministerio terrenal para desenmascarar la hipocresía de los fariseos, recordándonos que la verdadera santidad nunca se mide por el cumplimiento de ritos externos, sino por la pureza del corazón y la sinceridad de la devoción.

No basta con levantar las manos en adoración si esas mismas manos están vacías de justicia y amor. No es suficiente predicar con elocuencia si la vida contradice el mensaje. No alcanza con aparentar fervor si el corazón arde de ambiciones ocultas. La santidad auténtica siempre nace en lo secreto, en la intimidad con el Padre, y se revela en lo público como un fruto inevitable.

El costo de ignorar esta realidad es alto y devastador. Allí donde la santidad se reduce a un concepto teórico o a una disciplina legalista, la Iglesia pierde credibilidad, su voz se debilita y su testimonio deja de impactar. El resultado es un enfriamiento espiritual que no solo erosiona la vida de los creyentes, sino que también priva al mundo de un testimonio vivo de Cristo.

¿Cómo puede la Iglesia anunciar con autoridad la libertad del pecado si permanece encadenada a sus propias contradicciones? ¿Cómo podrá predicar sobre la luz si está cómoda en las sombras de la incoherencia? Pablo advierte a Timoteo acerca de algunos que tendrían ***“apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”*** (2 Timoteo 3:5). Estas palabras, escritas hace siglos, resuenan hoy con fuerza porque describen una de las tentaciones más grandes de nuestra generación: contentarse con un cristianismo estético, visible, aceptable, pero vacío de poder transformador.

Sin embargo, en medio de este panorama sombrío, la Escritura levanta una esperanza luminosa. El llamado de Dios a la santidad no se ha debilitado con el paso del tiempo ni se ha vuelto inalcanzable en esta era de contradicciones. Al contrario, el Espíritu Santo sigue obrando en la Iglesia, despertando corazones cansados de la mediocridad espiritual y sedientos de autenticidad.

Dios no llama a Su pueblo a una santidad imposible, sino a una santidad posible por medio de Su gracia. ***“Sed santos, porque yo soy santo”*** (1 Pedro 1:16), no es una

exigencia cruel que aplasta, sino una invitación gloriosa a participar de la naturaleza divina, a reflejar en la vida cotidiana la hermosura del carácter de Cristo.

La santidad, lejos de ser un peso o una carga, es la respuesta más natural al amor redentor de Dios. Cuando entendemos la magnitud de la cruz, cuando contemplamos la sangre derramada que nos limpia, cuando experimentamos la gracia que nos levanta una y otra vez, descubrimos que la santidad no es simplemente un deber, sino un privilegio, porque en el Nuevo Pacto la demanda de Dios es suplida en Cristo por el Espíritu Santo que nos habita.

Como escribe Pablo a los corintios: ***“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo... y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:19 y 20).*** La santidad es, entonces, una gracia recibida en Cristo, una vida consagrada, un estilo de existencia que reconoce que pertenecemos a Otro, que vivimos bajo una nueva identidad y que cada decisión, cada palabra, cada gesto puede convertirse en un acto de adoración.

Quizá lo más desafiante de esta generación sea comprender que santidad y autenticidad están inseparablemente unidas. No se trata de vivir bajo máscaras de perfección ni de ocultar nuestras luchas en un silencio hipócrita, sino de caminar con transparencia delante de Dios y de los demás. La santidad no es un disfraz que usamos en

los cultos, sino la coherencia de ser los mismos en la intimidad y en lo público, en el altar y en la mesa de casa, en el templo y en el lugar de trabajo.

Es reconocer nuestras debilidades con humildad, confiando en la obra del Espíritu, y al mismo tiempo esforzarnos en Él por caminar en obediencia. En un mundo cansado de discursos vacíos, la Iglesia está llamada a encarnar la diferencia, no a imitar los patrones de este siglo, sino a renovarse “en el espíritu de su mente” para discernir la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios (**Romanos 12:2**).

Este libro no es una exhortación destinada a generar culpa; es un llamado a despertar espiritualmente a todo lo que hemos recibido en Cristo, para que lo vivamos con toda intensidad. Es un llamado a comprender que, en las virtudes del Nuevo Pacto, es más fácil y disfrutable vivir en santidad que refugiarse en la hipocresía religiosa.

Ruego a Dios que cada página los enriquezca y les permita valorar la gracia del Señor, porque no se puede vivir en santidad ni se puede evitar la hipocresía si no se revela lo que implica vivir en la gracia que Él nos otorga. Este libro no propone esfuerzos carnales, sino despertar a la revelación de quiénes somos en Cristo y de cómo podemos vivir en Él.

“La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús.”

Filipenses 2:5

Capítulo uno

UN MUNDO DE APARIENCIAS

“Porque nuestra satisfacción es ésta: el testimonio de nuestra conciencia que en la santidad y en la sinceridad Que viene de Dios, no en sabiduría carnal sino en la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo y especialmente hacia vosotros.”

2 Corintios 1:12

Esto lo he resaltado en varios de mis libros y lo menciono siempre en mis enseñanzas, pero no puedo eludirlo, porque la cultura del sistema afecta, y mucho, la vida de la Iglesia: vivimos en una generación marcada por la exaltación de la imagen y la superficialidad. La cultura, con sus paradigmas, ha invadido todos los ámbitos de la vida, moldeando no solo la manera en que las personas se relacionan entre sí, sino también la forma en que conciben su identidad y valor.

Se nos enseña a cuidar la apariencia, a mostrar una versión mejorada de nosotros mismos, a ocultar las

fragilidades detrás de filtros y sonrisas ensayadas. En este mundo, el “parecer” pesa más que el “ser”, y lo visible vale más que lo auténtico. No es de extrañar, entonces, que este espíritu de superficialidad también intente infiltrarse en la vida de la Iglesia, tentándonos a construir una espiritualidad de fachada que luce brillante por fuera, pero vacía por dentro.

Hace poco, las noticias exponían el tema por causa de una joven que se había suicidado. Cuando revisaron sus redes sociales, notaron que todas sus publicaciones mostraban a una persona feliz, exitosa y en la plenitud de su vida. Sin embargo, al revisar su diario íntimo, descubrieron que era una persona infeliz, frustrada, acomplejada e inmersa en una gran depresión. Este descubrimiento sorprendió incluso a sus familiares. Entonces pregunto: ¿Hasta dónde puede una persona ocultar con apariencias superficiales la verdad de su corazón?

Este ejemplo ciertamente es triste, porque nadie pudo descubrir la condición de una jovencita que terminó con su vida. Pero: ¿cuánta gente oculta la verdad de lo que está viviendo con sonrisas, palabras y falsas apariencias? Esto no ocurre solo en redes, sino también en la convivencia diaria, y la Iglesia no es ajena a todo esto. Incluso, por la intención de mostrar que Dios está en control y que todo es bendición, muchos ocultan la verdad de lo que está ocurriendo en sus vidas.

Hoy en día, los mensajes hablan de frutos espirituales, de bendición, de prosperidad, de la paz que sobrepasa todo

entendimiento, y algunos hermanos creen que, si muestran sus realidades o flaquezas, están fallando; con lo cual se revisten de hipocresía y muestran que todo está bien, cuando en realidad no lo está.

Lo mismo ocurre con la condición espiritual: algunos no se sienten bien, tienen problemas de carácter, comportamientos pecaminosos, ataduras espirituales y cosas por el estilo. Por eso no leen la Palabra, no oran y se sienten vacíos de todo, pero la responsabilidad en la Iglesia les hace mostrarse como personas espirituales, que andan muy ungidadas, aunque esto no sea verdad.

Jesús, en su tiempo, confrontó con severidad a quienes vivían en esa incoherencia. Los fariseos eran conocidos como hombres celosos de la ley, guardianes de la tradición y aparentemente modelos de piedad. Pero el Señor desenmascaró su hipocresía al decir:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, más por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia.”

Mateo 23:27

La denuncia de Cristo es clara: no se trata de la corrección exterior, sino de la verdad interior. Lo que Dios demanda no es solo un comportamiento decoroso, sino un corazón transformado. El contraste es inevitable: mientras los religiosos jugaban a sostener una imagen, Jesús vivía en

perfecta autenticidad, mostrando con Su vida que la verdadera santidad no consiste en aparentar pureza, sino en encarnar la voluntad del Padre.

Frente a este espejo, la Iglesia de hoy debe preguntarse: ¿no estamos corriendo el mismo riesgo de reducir la fe a una exhibición de rituales, palabras y programas? ¿No es cierto que, a veces, es más fácil aparentar compromiso espiritual que cultivar una vida de santidad genuina? Nos contentamos con los aplausos de la gente, aunque Dios vea la distancia entre lo que decimos y lo que vivimos. Pero la santidad no puede ser negociada, porque no es un accesorio de la fe cristiana, sino su esencia misma.

La Escritura define la santidad como una separación radical para Dios. Ser santo significa ser apartado del pecado, consagrado para un propósito eterno y disponible para la obra del Señor. No se trata de un estándar inalcanzable ni de un esfuerzo humano agotador, sino de una respuesta a la gracia que nos llamó de las tinieblas a la luz admirable.

Pedro lo recuerda con firmeza: ***“Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 Pedro 1:14 y 15).*** La santidad, entonces, no es un ideal abstracto, sino una vida práctica, real, encarnada en cada decisión cotidiana.

No obstante, es importante aclarar que santidad no significa perfección humana. Nadie puede, por su propia fuerza, alcanzar un estado impecable. El corazón del evangelio es que la santidad auténtica nace de una vida rendida al Espíritu Santo. Es Él quien convence, limpia, fortalece y transforma.

Intentar vivir en santidad sin depender del Espíritu es caer en un moralismo estéril, pero rendirse a Su poder abre la puerta a una transformación real que toca los pensamientos, las emociones, las relaciones y las intenciones más profundas. La santidad no es una lista de prohibiciones, sino la vida de Cristo reproducida en nosotros, una comunión que fluye del amor.

Por eso, la santidad es también relacional. No puede existir sin amor. Jesús resumió la ley en dos mandamientos: amar a Dios con todo el corazón y amar al prójimo como a uno mismo (**Mateo 22:37 al 39**). Una santidad sin amor es apenas un legalismo disfrazado; pero una vida santa brota de un corazón apasionado por Dios y sensible a las necesidades de los demás. Aquí encontramos la verdadera autenticidad: no en las palabras elocuentes, sino en la coherencia de una vida que refleja el carácter de Cristo.

La santidad no es un adorno para los más devotos, sino la evidencia indispensable de una salvación genuina, porque en el Nuevo Pacto la santidad es otorgada en Cristo, y nuestra comunión con Él es lo que la evidencia. Ignorar este llamado es caminar hacia el autoengaño, creyendo que podemos

disfrutar de las promesas del evangelio sin abrazar la demanda de sostener una profunda comunión con el Espíritu Santo. La santidad es la marca de quienes han sido verdaderamente redimidos y la evidencia de quienes sostienen una verdadera comunión con Dios.

Pensar en la eternidad nos da una perspectiva correcta. Algún día, cada uno de nosotros comparecerá ante el tribunal de Cristo. Allí no tendrán valor las máscaras que usamos, ni las excusas que repetimos, ni las apariencias que tanto cuidamos. Allí quedará al descubierto lo que realmente fuimos, lo que hubo en el corazón cuando nadie miraba. Por eso, vivir en santidad es vivir preparados, con la mirada puesta en aquel día glorioso. Pablo lo expresa con esperanza y seriedad:

“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.”

2 Corintios 5:10

Amados, el Señor no nos demandará lo que no estemos capacitados para producir. Él nos otorga en Cristo no solo el entendimiento de Su voluntad, sino también la capacidad de querer y de poder cumplirla (**Filipenses 2:13**), por lo cual sus demandas tienen toda la lógica. Tratar de generar santidad en tiempos anteriores a la redención de Cristo era una pesada carga que solo producía desazón, pero en el Nuevo Pacto no tenemos excusas.

La santidad es, entonces, una urgencia ineludible para la Iglesia de hoy. No podemos evadirla ni decir que nos resulta imposible, porque el Señor no solo nos ha limpiado de todo pecado, sino que nos ha dado Su Espíritu Santo para que nos guíe y nos capacite; solo debemos depender de Él.

La santidad es un llamado que resuena en medio de un mundo que nos empuja a las apariencias y que clama por autenticidad. Y es también un regalo de gracia, porque aquel que nos llama a ser santos es el mismo que nos capacita por medio de Su Espíritu. El desafío es grande, pero la promesa es mayor: si caminamos en santidad, veremos la gloria de Dios.

La santidad abre los ojos del corazón para contemplar a Dios en esta vida y prepara al creyente para verle cara a cara en la eternidad. La falta de santidad, en cambio, nubla la visión espiritual, oscurece el entendimiento y nos encierra en un cristianismo vacío, sin poder y sin fruto. El mundo no necesita más religiosidad aparente, sino testigos que encarnen lo que predicán. La voz de un santo vale más que mil discursos huecos, porque su vida se convierte en el mensaje.

El apóstol Pablo comprendía esta realidad cuando escribía a los tesalonicenses: ***“Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Tesalonicenses 4:3)***. No se trata de una opción secundaria, sino del centro de la vida cristiana. Dios no está interesado en que simplemente asistamos a cultos o que seamos reconocidos como miembros de una

congregación; Él desea formar en nosotros el carácter de Cristo, limpiarnos de toda impureza y hacernos instrumentos de Su gloria. La santidad es la voluntad de Dios porque es la única manera de vivir en armonía con Él, en coherencia con Su naturaleza y alineados para manifestar Su Reino.

Sin embargo, este llamado nos coloca en un terreno de lucha constante. El creyente debe batallar contra la carne, que busca gratificación inmediata; contra el mundo, que ofrece atajos de satisfacción pasajera; y contra el enemigo, que siembra engaño y tentación. Aquí radica la necesidad de cultivar una fe que no se conforme con lo superficial, sino que avance hacia lo profundo.

La santidad no se sostiene con intenciones débiles, sino con una decisión diaria de rendirse a Dios, de renunciar al pecado y de abrazar la cruz. Jesús lo dijo con radicalidad: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame”*** (Lucas 9:23). La santidad comienza con una rendición que no es ocasional, sino constante.

Pero esta batalla no está destinada a derrotarnos, porque la gracia de Dios se perfecciona en nuestra debilidad. Allí donde reconocemos nuestras limitaciones, el Espíritu Santo despliega su poder transformador. Por eso, la santidad no puede ser reducida a un esfuerzo humano, sino entendida como una cooperación con el Espíritu.

Él obra en nosotros, pero también nos llama a colaborar con disciplina, oración, vigilancia y obediencia. Pablo lo expresó con claridad: ***“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”*** (Filipenses 2:12 y 13). La vida santa es el resultado de esta dinámica maravillosa: Dios produce y nosotros respondemos.

El desafío de la santidad hoy no solo es personal, sino también comunitario. Una Iglesia santa se convierte en un faro en medio de la oscuridad cultural. La santidad colectiva fortalece el testimonio del evangelio, porque cuando el mundo ve una comunidad donde reina el amor, la pureza y la integridad, no puede permanecer indiferente.

En un tiempo donde la hipocresía religiosa ha causado tanto daño, donde muchos han cerrado su corazón al evangelio porque vieron incoherencia en los cristianos, la única manera de recuperar credibilidad es a través de vidas santas y auténticas. Una Iglesia santa no necesita forzar su influencia: su sola existencia proclama el poder transformador de Cristo.

Y al mismo tiempo, la santidad tiene un rostro profundamente práctico. No se limita a las experiencias espirituales intensas, sino que se demuestra en lo cotidiano: en cómo hablamos, cómo tratamos a nuestra familia, cómo administramos el dinero, cómo reaccionamos en la adversidad, cómo nos conducimos en el trabajo. Cada acto de

honestidad, cada gesto de misericordia, cada palabra de verdad es un reflejo de la vida santa que Dios produce en nosotros. El mundo necesita ver cristianos que no solo hablen del Reino, sino que lo vivan con coherencia.

Finalmente, recordar la eternidad es lo que le da peso y urgencia a todo este llamado. No se trata únicamente de vivir mejor aquí, sino de prepararnos para la gloria venidera. La santidad es la vestidura con la que entraremos efectivamente a los tiempos finales. El Apocalipsis nos muestra a la Iglesia como una novia ataviada con lino fino, resplandeciente y limpio, y declara que ***“el lino fino son las acciones justas de los santos” (Apocalipsis 19:8)***. Así, cada decisión de obediencia, cada renuncia al pecado, cada acto de fidelidad es parte del vestido con que nos presentaremos ante Cristo. ¿Podría haber un llamado más urgente y un privilegio más grande?

Por eso, en tiempos donde las apariencias engañan y la hipocresía amenaza, debemos volver a abrazar con pasión la santidad. No como un peso, sino como un gozo; no como una carga, sino como una respuesta agradecida al amor de Dios y a Su extraordinaria gracia. La santidad es necesidad, pero también es deleite. Es lucha, pero también es victoria. Es renuncia, pero sobre todo es recompensa. Y mientras caminamos en ella, aunque el mundo nos critique o no lo entienda, llevamos en el corazón una certeza inamovible: sin santidad nadie verá al Señor, y esa visión gloriosa es el mayor anhelo del alma redimida.

***“Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán
delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre.***

Porque tú eres grande, y hacedor de maravillas;

Sólo tú eres Dios.

***Enséñame, oh Jehová, tu camino; caminaré yo en tu
verdad; Afirma mi corazón para que tema tu nombre.***

Te alabaré, oh Jehová Dios mío, con todo mi corazón,

Y glorificaré tu nombre para siempre.

***Porque tu misericordia es grande para conmigo, y has
librado mi alma de las profundidades del Seol.”***

Salmo 86:9 al 13



Capítulo dos

EL VENENO DE LA HIPOCRESÍA

*“A los justos los guía su integridad;
a los infieles los destruye su perversidad.”*

Proverbios 11:3

La hipocresía ha sido, desde los tiempos bíblicos, una de las amenazas más serias contra la autenticidad de la fe. Su peligro radica en que se disfraza de piedad mientras corroe el corazón, se reviste de religiosidad mientras alimenta la falsedad, se presenta como luz pero en realidad es sombra que apaga la verdad.

El término mismo, en el griego es “*hypokrisis*”, que significa “actuación en el escenario”, representación o fingimiento. Originalmente se usaba para describir la acción de los actores de teatro que, usando máscaras, representaban un personaje distinto de sí mismos. Con el tiempo, el significado se extendió para referirse a cualquier persona que finge o simula cualidades, sentimientos o creencias que no tiene, es decir, a quien actúa de manera contradictoria con lo

que realmente es o piensa. Así obra la hipocresía: convierte la vida espiritual en un escenario donde las palabras y gestos parecen santos, pero no corresponden con lo que sucede en lo secreto del alma.

Jesús fue el mayor opositor a este pecado, no contra los débiles ni contra los pecadores públicos, sino contra los religiosos que aparentaban devoción sin rendición. Sus palabras más duras fueron dirigidas a los fariseos y escribas, aquellos que se consideraban guardianes de la pureza. Una y otra vez los llamó ***“hipócritas”***, desenmascarando sus motivaciones ocultas.

Les dijo: ***“Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas”*** (Mateo 23:4). Su religión era un sistema que exigía a otros lo que ellos no practicaban. Más adelante los comparó con sepulcros diciéndoles: ***“¿Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, hipócritas!, que son como sepulcros blanqueados. Por fuera lucen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de impurezas. Así también ustedes, por fuera dan la impresión de ser justos, pero por dentro están llenos de hipocresía y de maldad”*** (Mateo 23:27 y 28). El problema de los fariseos no era la falta de conocimiento, sino la falta de integridad. Sabían mucho, pero vivían poco o nada de lo que en verdad sabían.

La hipocresía es más peligrosa que el pecado abierto, porque engaña al que la practica. Mientras el pecador que

reconoce su maldad puede arrepentirse y ser restaurado, el hipócrita se convence de que todo está bien. Vive una doble vida, satisfecho con la apariencia, endurecido al llamado del Espíritu.

Así sucedió con Ananías y Safira en el libro de los Hechos: vendieron una propiedad y fingieron entregar toda la ganancia, pero en realidad guardaron una parte. El problema no fue retener el dinero, sino querer aparentar una generosidad que no tenían. Pedro les dijo con claridad: ***“No has mentido a los hombres, sino a Dios” (Hechos 5:4)***. La hipocresía es, en última instancia, una mentira dirigida contra el Señor, un intento de manipular Su presencia y Su pueblo para beneficio propio.

Este engaño no quedó en el pasado; sigue presente hoy con formas adaptadas a nuestra cultura. Muchos creyentes se ven tentados a mantener un rostro piadoso en la iglesia mientras sus pensamientos, negocios o relaciones reflejan lo contrario. En una época marcada por las redes sociales, la hipocresía encuentra un terreno fértil: se puede construir una “vida cristiana editada”, llena de versículos publicados, fotos en eventos y palabras correctas, mientras la vida interior está distante de la comunión con Dios.

El peligro es que se confunde la imagen con la realidad, la reputación con el carácter. Pero Dios no se deja engañar: ***“El Señor no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7)***. Esto es lo tremendo con

Dios: hay personas a las que nosotros no podemos verles el fondo, son aquellas que muestran una apariencia determinada, pero Él sabe lo que esconden. Para Dios no hay dificultades a la hora de escudriñar corazones.

El efecto de la hipocresía es devastador en tres direcciones. En primer lugar, destruye al individuo, porque endurece el corazón y genera una falsa seguridad. En segundo lugar, debilita a la iglesia, porque le roba su autoridad espiritual. Una comunidad hipócrita pierde el fuego, apaga la unción y se vuelve irrelevante ante el mundo.

En tercer lugar, afecta al testimonio del evangelio, porque los de afuera perciben la incoherencia y concluyen que el cristianismo es una farsa más. No es casualidad que una de las críticas más comunes contra los cristianos sea precisamente la hipocresía. Muchos no rechazan a Cristo, sino la incongruencia de quienes dicen seguirle.

La advertencia de Jesús es seria: ***“Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía”*** (Lucas 12:1). Así como una pequeña cantidad de levadura fermenta toda la masa, la hipocresía, aunque parezca pequeña o inofensiva, contamina todo lo que toca. No podemos tratarla como un pecado menor, porque es capaz de vaciar la fe de poder y convertir la espiritualidad en un simple ritual sin vida. La hipocresía, más que cualquier otro mal, desfigura el rostro del evangelio, porque presenta gente con apariencia de piedad, pero con la incapacidad de dar frutos genuinos, y la sociedad percibe claramente esa incongruencia.

La hipocresía no solo corroe el interior del creyente y debilita a la iglesia, sino que también socava la misión de Dios en el mundo, porque Él ha determinado obrar solo a través de Su Iglesia. Un testimonio incoherente confunde, desanima y, en muchos casos, aleja a los que buscan la verdad. La gente no busca perfección, sino autenticidad; no espera que los cristianos sean santos sin fallar, sino que sean transparentes, coherentes y reales.

La hipocresía destruye esa credibilidad porque reemplaza la verdad por apariencias, la gracia por legalismo y la comunión genuina por relaciones superficiales. El mundo reconoce la falsedad y, al hacerlo, rechaza el evangelio que podría transformar la vida de toda persona.

Hoy, el desafío se amplifica con las herramientas digitales. La era de las redes sociales permite crear vidas cuidadosamente construidas, llenas de imágenes de devoción, sonrisas perfectas y palabras espirituales, mientras la realidad interior permanece oculta. Esta versión “editada” del cristianismo fomenta la ilusión de santidad, pero no transforma el corazón. La enseñanza de Jesús sobre la levadura de los fariseos no podría ser más relevante: una porción de hipocresía puede fermentar todo nuestro testimonio. La sinceridad y la transparencia se vuelven esenciales, porque solo la vida auténtica refleja el poder de Dios y genera confianza.

El individuo que vive bajo la hipocresía se enfrenta a un endurecimiento progresivo del corazón. La repetición de

engaños, aunque sean hacia uno mismo, crea una falsa seguridad y desvía de la verdadera fe. Al mismo tiempo, la iglesia como comunidad se enferma cuando sus miembros se acostumbran a fingir devoción mientras persisten en actitudes contrarias a la Palabra. La falta de integridad colectiva afecta la autoridad de la iglesia, impide la acción del Espíritu Santo y puede incluso generar escándalos que hieren la reputación de la Iglesia en general.

Pero la hipocresía no es invencible. Dios llama a Su pueblo a discernirla, a confrontarla y a abandonarla. Requiere valentía para mirarnos en el espejo de la Palabra y reconocer nuestras incoherencias. Implica arrepentimiento sincero, confesión y restauración de la integridad perdida. La gracia de Dios nos capacita para vivir con coherencia, para ser transparentes, para reconciliarnos con quienes hemos engañado y para purificar nuestro testimonio ante Dios y el mundo. ***“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).*** Este es el remedio divino contra la hipocresía: la confesión, la transformación y la rendición diaria al Espíritu Santo.

Vivir lejos de la hipocresía requiere también disciplina espiritual. La oración, el estudio de la Palabra, la comunión con creyentes maduros y la rendición constante a Dios son prácticas que fortalecen la autenticidad. Jesús nos enseñó que la vida santa se revela en lo secreto tanto como en lo público: orar sin buscar aplausos, dar sin esperar reconocimiento y vivir con integridad aunque nadie vea. La autenticidad es la

manifestación de un corazón rendido, de una fe viva que se refleja en cada acción y decisión.

Finalmente, debemos recordar que la santidad y la autenticidad son inseparables. La hipocresía solo puede combatirse mediante una vida consagrada a Dios, sostenida por Su gracia y transformada por Su Espíritu. La iglesia que abraza la autenticidad recupera su autoridad, su poder y su testimonio.

El creyente que camina en coherencia vive en libertad, en paz y en plenitud, y se convierte en un canal de bendición para otros. Así como Jesús fue modelo de integridad y verdad, nosotros estamos llamados a reflejarlo, no solo en palabras, sino en hechos, en actitudes y en decisiones cotidianas.

Que este llamado nos lleve a la acción concreta: a examinar nuestras vidas, a confesar lo oculto, a rendirnos a la obra del Espíritu y a vivir una fe que no necesita máscaras. Porque solo cuando la hipocresía es vencida, la santidad florece, la iglesia brilla y el mundo puede contemplar el poder transformador de Cristo en aquellos que verdaderamente le siguen.

La hipocresía es un verdadero veneno espiritual que corroe desde adentro y deja profundas cicatrices en la vida personal, en la iglesia y en el testimonio del evangelio. La Escritura la presenta como uno de los pecados más

severamente denunciados por Jesús, porque no solo engaña a los demás, sino que intenta burlarse de Dios mismo.

Sin embargo, aunque las apariencias puedan sostenerse por un tiempo, tarde o temprano la verdad sale a la luz. El Señor advirtió: ***“Nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse”*** (Lucas 12:2). La hipocresía, por su propia naturaleza, lleva dentro la semilla de su propia ruina.

En primer lugar, la hipocresía produce endurecimiento del corazón. Cuando alguien se acostumbra a aparentar espiritualidad, pierde sensibilidad a la voz de Dios y comienza a vivir en un autoengaño sutil. Se convence de que la fachada es suficiente, de que las palabras correctas reemplazan la obediencia y de que el reconocimiento público puede sustituir la santidad privada. Así, el corazón se insensibiliza y se vuelve incapaz de discernir el pecado.

La hipocresía daña la credibilidad del testimonio cristiano. Un creyente que vive en doblez, tarde o temprano, genera escándalo y con él, tropiezo para muchos. El apóstol Pablo lo expresó con dolor al hablar del pueblo de Israel: ***“El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros”*** (Romanos 2:24). Lo mismo sucede hoy cuando líderes o miembros de la iglesia caen en incoherencias graves: el mundo no solo juzga a la persona, sino al mensaje que representaba. Cada acto de hipocresía pública se convierte en un argumento contra el evangelio en la boca de los incrédulos.

La hipocresía priva de la verdadera comunión con Dios. No se puede tener intimidad con el Señor mientras se vive con una máscara. El salmista declaró: ***“¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón”*** (Salmo 24:3 y 4). Dios no busca perfección fingida, sino corazones transparentes.

Cuando el creyente opta por la apariencia en lugar de la sinceridad, su vida de oración se vuelve superficial, la adoración se convierte en un rito vacío y la Palabra pierde su efecto transformador. La hipocresía no solo engaña a los demás; nos roba el privilegio de disfrutar la dulce comunión con el Padre.

La hipocresía tiene consecuencias eternas si no se abandona. La imagen de los hipócritas es estremecedora: por fuera, un adorno hermoso; por dentro, muerte y corrupción. La hipocresía puede simular vida espiritual, pero en realidad es una tumba adornada. Quien persiste en ella corre el riesgo de escuchar en el día final las palabras más temidas: ***“Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”*** (Mateo 7:23). No se trata de un detalle menor, sino de un destino eterno.

La hipocresía es, entonces, una trampa peligrosa: endurece el corazón, destruye la credibilidad, priva de comunión y amenaza con pérdida eterna. La gracia de Dios nos ofrece un camino distinto: la confesión sincera, la autenticidad y la integridad. Solo la verdad nos hace libres, y solo la cruz puede romper la esclavitud de la apariencia.

Una congregación que tolera el doblez de corazón, se convierte en terreno fértil para la confusión espiritual y la pérdida de autoridad. Jesús dijo que la iglesia es ***“la luz del mundo... y la sal de la tierra”*** (Mateo 5:13 y 14), pero cuando la hipocresía invade, esa luz se apaga y esa sal pierde su sabor. Una iglesia hipócrita puede mantener su liturgia, su organización y hasta sus programas, pero carecerá del poder transformador del Espíritu Santo. Esa es la esencia de una comunidad religiosa sin poder: mucho ruido de fe, pero poca evidencia de vida nueva.

Cuando la hipocresía se instala, se pierde la credibilidad delante del mundo. Los incrédulos observan a la iglesia con lupa, esperando coherencia entre el mensaje que predica y la vida que encarna. Cuando descubren incoherencias, no solo se alejan de la fe, sino que sienten justificada su incredulidad. El escándalo producido por la falta de integridad de algunos líderes espirituales ha hecho que multitudes desprecien la iglesia, considerándola un lugar de manipuladores en lugar de testigos de Cristo.

Es trágico pensar que una vida sin transparencia puede oscurecer la luz del evangelio, cuando fue precisamente para brillar que fuimos llamados. Jesús afirmó: ***“Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”*** (Mateo 5:16). La hipocresía invierte esta dinámica: en lugar de glorificar a Dios, los hombres blasfeman a causa de nuestro mal testimonio.

Además, la hipocresía crea una cultura de superficialidad espiritual dentro de la iglesia. Cuando lo importante es la apariencia, los creyentes dejan de crecer en la profundidad de la Palabra y en la comunión con el Señor. Se privilegia la forma sobre el fondo, el espectáculo sobre la esencia, la emoción sobre la transformación.

La hipocresía tiene un efecto devastador en las relaciones fraternales. Genera desconfianza, divisiones y heridas difíciles de sanar. Cuando alguien finge, no solo engaña a Dios, sino también a sus hermanos en la fe.

La comunidad pierde la transparencia que debería caracterizarla y se convierte en un lugar de sospecha. El amor sincero, que debería ser el sello de los discípulos de Cristo (**Juan 13:35**), se ve sustituido por vínculos frágiles basados en intereses y apariencias. El resultado es una iglesia debilitada, incapaz de mostrar al mundo la unidad que glorifica al Padre (**Juan 17:21**).

Pero la consecuencia más grave de la hipocresía es el descrédito del evangelio en la sociedad. Cuando la iglesia se convierte en un teatro de máscaras, el mensaje de salvación pierde su fuerza ante los ojos de los incrédulos. El evangelio, que es poder de Dios para salvación (**Romanos 1:16**), es percibido como una ideología más, sin vida ni coherencia.

Lo más doloroso es que muchos rechazan a Cristo no por el contenido del mensaje, sino por la contradicción de quienes lo predicán. La hipocresía no solo daña la reputación

de la iglesia, sino que cierra puertas para que el mundo escuche con atención la buena noticia.

Frente a este panorama, la iglesia necesita clamar por una purificación profunda. No basta con denunciar la hipocresía en los demás; cada uno debe examinar su propio corazón. El salmista oró: ***“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”*** (Salmo 139:23 y 24). Esta debe ser también nuestra oración, porque la única manera de vencer la hipocresía es vivir en constante exposición a la luz de Dios. La verdad no nos condena; nos libera. La gracia no nos excusa en el pecado; nos transforma.

En este sentido, la iglesia está llamada a ser un refugio de sinceridad, donde los creyentes no tengan que esconder sus luchas ni sus debilidades, sino que encuentren hermanos que los acompañen a la restauración. La santidad auténtica no florece en el fingimiento, sino en la confesión, en la transparencia y en la dependencia del Espíritu Santo. Solo así la iglesia recuperará su poder, su autoridad y su testimonio.

La hipocresía es un enemigo mortal de la fe cristiana, pero no es invencible. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (**Romanos 5:20**). Esa gracia nos llama hoy a dejar las máscaras y a abrazar la autenticidad. La consecuencia de la hipocresía es la muerte, pero la consecuencia de la verdad es la vida, y vida en abundancia en Cristo.

***“Practicar la justicia y el derecho
lo prefiere el Señor a los sacrificios.”***

Proverbios 21:3



Capítulo tres

EL SEÑOR NO TOLERA LA HIPOCRESÍA

“Si afirmamos que tenemos comunión con él, pero vivimos en la oscuridad, mentimos y no ponemos en práctica la verdad.”

1 Juan 1:6

La historia del pueblo de Dios siempre estuvo marcada por la tensión entre la autenticidad de una fe viva y el peligro constante de la hipocresía. El Antiguo Testamento nos muestra profetas clamando contra un pueblo que honraba a Dios con los labios, mientras su corazón evidenciaba la infidelidad.

El Señor los confrontaba con palabras de fuego, revelando que su devoción era una máscara, un disfraz que escondía orgullo, ambición y falta de amor. Sus largas oraciones, sus ayunos públicos y su cumplimiento meticuloso de la Ley se convirtieron en un teatro religioso, incapaz de producir vida y, por cierto, muy desagradable para el Señor.

La hipocresía no es un error superficial; es una enfermedad espiritual que corroe desde adentro. En los religiosos encontramos la trágica ilustración de lo que ocurre cuando la apariencia externa sustituye la transformación interna. Se vuelven expertos en aparentar santidad, como los fariseos en los días de Jesús. Ellos lo escucharon y lo tuvieron frente a sus ojos, pero fueron incapaces de reconocerlo. Él era el Mesías, la esperanza de Israel; sin embargo, lo rechazaron, cegados por el orgullo.

Esta ceguera espiritual no era un accidente, sino la consecuencia de un corazón más preocupado por la aprobación de los hombres que por la mirada de Dios. Jesús lo resumió con una frase que atraviesa los siglos: ***“Todo lo que hacen es para ser vistos por los hombres”*** (Mateo 23:5). Esa era la motivación de la santidad que mostraban. Lógicamente, eran vistos por la sociedad y muy honrados por todos, pero ellos eran ciegos y guía de ciegos (**Mateo 15:14**).

Reitero que Jesús había advertido a Sus discípulos acerca de esta amenaza: ***“Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía”*** (Lucas 12:1). Cómo vimos en el capítulo anterior, la levadura, aunque pequeña e invisible, tiene el poder de impregnar toda la masa. Así ocurre con la hipocresía: comienza con pequeños gestos de falsedad, con actitudes aparentemente inofensivas, pero poco a poco invade todo el carácter hasta deformar por completo la vida espiritual.

La advertencia de Jesús no fue dirigida al mundo incrédulo, sino a los que le seguían. Era un llamado a la vigilancia constante por parte de los creyentes, porque en el caso de los impíos es lógico que puedan ser afectados por la hipocresía. El corazón humano tiene una inclinación natural a buscar la aprobación, a construir una fachada y a cuidar más la imagen que la verdad.

Las advertencias bíblicas no están allí como simples relatos históricos. Son espejos que nos confrontan hoy. Cada cristiano y cada congregación deben examinar si no están cayendo en las mismas trampas que atraparon a fariseos, escribas o a los creyentes Ananías y Safira. ¿Cuántas veces nuestras oraciones han sido más para impresionar a otros que para hablar con el Padre?

¿Cuántas veces nuestras ofrendas han llevado consigo el deseo secreto de reconocimiento? ¿Cuántas veces hemos cuidado más la apariencia que la realidad de un corazón limpio? El Espíritu Santo sigue llamando a Su pueblo a vivir en la luz, sin dobles intenciones, sin máscaras. La hipocresía puede ser tolerada por los hombres, pero nunca pasará inadvertida ante los ojos de Dios.

En este sentido, las páginas de la Escritura se convierten en advertencias proféticas que atraviesan los siglos. No hay nada más peligroso que vivir de apariencias religiosas, pues con ellas se engaña a los demás, pero, sobre todo, hay un engaño personal. La hipocresía adormece la conciencia, endurece el corazón y nos hace incapaces de

reconocer nuestra necesidad de la gracia. Los fariseos no pudieron ver en Jesús al Salvador porque estaban demasiado ocupados defendiendo su reputación.

La hipocresía en la Biblia no se presenta como un simple defecto humano, sino como un enemigo mortal de la fe. Jesús la denunció con tanta fuerza porque sabía que podía neutralizar el poder del evangelio, no desde afuera, sino desde adentro. El pecado de la hipocresía no es el escándalo público del pecador que se rebela abiertamente contra Dios, sino la sutil simulación de quien pretende caminar en la verdad, pero lo hace con un corazón dividido.

El hipócrita conoce el lenguaje de la fe, sabe los gestos de la devoción, maneja los códigos de la religiosidad, pero ha perdido lo más importante: la pureza del corazón delante de Dios. Por eso, Jesús fue tan duro con fariseos y escribas, no porque oraran, ayunaran o enseñaran, sino porque todo lo hacían para la galería. En sus labios había palabras de piedad, pero en su corazón un vacío de compasión.

El mensaje que atraviesa estas historias es que la hipocresía jamás permanece oculta para siempre. Tarde o temprano, lo que está escondido sale a la luz. Las máscaras tarde o temprano se caen. Ninguna fachada resistirá, ninguna apariencia sobrevivirá a la mirada de fuego del Señor que todo lo prueba (**Apocalipsis 1:14**).

Yo mismo he sido confrontado por el Espíritu Santo, quien, en determinado momento, me ha mostrado mi

corazón. Esas fueron experiencias muy fuertes, de manera que nunca jamás las olvidaré, porque en ellas el Señor me mostró algo que ni yo sabía que estaba en mi corazón, cosas que a Él no le agradaban y a mí me avergonzaron profundamente.

Las palabras de David son muy sabias; él escribió: ***“¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los pecados que me son ocultos” (Salmo 19:12).*** Cuando pedimos algo así, Dios obra, y a Su tiempo Él nos muestra lo que está oculto en nuestro corazón. Sin embargo, cuando lo hace, no se siente culpa, sino convicción digna de arrepentimiento. Es muy duro admitir y asumir lo oculto de nuestros corazones, pero luego de la experiencia, no se puede seguir igual.

El mismo David escribió: ***“Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz” (Salmo 36:9).*** Esto es extraordinario: el rey sabía por experiencia propia que en su corazón se ocultaban algunas cosas que solo podían salir a la luz con la iluminación divina, y esto no ha cambiado. El Señor es el único que puede mostrarnos lo que hay en nuestro corazón.

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras.”

Jeremías 17:9 y 10

Esto es lo más alarmante de la hipocresía: no solo engaña a los demás, sino que también puede engañarnos a nosotros mismos. Es cierto que algunos son hipócritas voluntarios, personas que saben muy bien que están ocultando cosas y se vuelven expertos en simulación. Pero, en muchos casos, tal como me ocurrió a mí, descubrimos por la obra del Espíritu que en el corazón hay cosas que ignoramos por completo.

El corazón de algunos se acostumbra a vivir de apariencias, hasta el punto de confundir lo externo con lo interno, lo ritual con lo real, lo religioso con lo espiritual. El hipócrita voluntario llega a creer su propia mentira, construyendo una vida basada en una imagen y no en la verdad.

Esa es la levadura de la que habló Jesús: una influencia pequeña pero persistente que termina fermentando todo. Por eso, no basta con reconocer el peligro de la hipocresía en otros; debemos reconocer la tentación de la hipocresía en nosotros mismos.

La Escritura nos confronta con un principio ineludible: lo que somos en lo secreto es lo que realmente somos delante de Dios. El Señor no se impresiona con nuestras prédicas elocuentes, ni con nuestras oraciones públicas, ni con nuestras ofrendas generosas, si detrás de todo eso se esconde un corazón dividido. Él mira donde nadie más puede mirar y puede mostrarnos lo que ni siquiera detectamos.

Reitero lo que el profeta Samuel expresó con claridad cuando ungió a David: ***“Dios no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Dios mira el corazón”*** (1 Samuel 16:7). Esta verdad debería estremecernos y, al mismo tiempo, liberarnos. Estremecernos, porque nos recuerda que no podemos taparnos con hojas de higuera, ni escondernos detrás de apariencias; y liberarnos, porque el mismo Señor nos invita a vivir sin máscaras, demostrando que Él nos ama y que Su gracia solo puede obrar en quienes se rinden abiertamente.

Dios no tolera un corazón dividido, porque Él es Santo y Su propósito es una iglesia pura, santa y sin mancha. Si fuimos llamados a ser luz del mundo, no podemos vivir en tinieblas disfrazadas de religiosidad. Si fuimos escogidos para ser sal de la tierra, no podemos corrompemos con la falsedad. La esperanza, sin embargo, es aún mayor: Dios no expone para condenar, sino para restaurar.

El Señor siempre ha denunciado la hipocresía, no para destruir a los hombres, sino para llevarlos al arrepentimiento. Pedro negó a Jesús con palabras que rozaban la mentira, pero al llorar amargamente fue restaurado. En cambio, Judas, al persistir en su doblez, terminó perdiéndose. El mismo sol que ablanda la cera endurece el barro: la diferencia no está en la luz de Cristo, sino en la disposición del corazón.

Hoy en día, cuando leemos **Mateo 23**, no deberíamos sentirnos espectadores de un drama ajeno, sino protagonistas interpelados. La Palabra nos coloca frente al espejo.

¿Estamos buscando la aprobación de los hombres más que la del Padre? ¿Estamos pretendiendo aparentar niveles de espiritualidad que no vivimos en lo secreto? ¿Estamos construyendo fachadas de santidad sin dejar que el Espíritu Santo transforme las raíces de nuestro corazón? La respuesta honesta a estas preguntas puede marcar la diferencia entre una fe genuina y una vida religiosa vacía.

No podemos jugar con la falsedad, porque lo pequeño termina contaminando lo grande. La única salida es correr a Cristo, desnudar el alma delante de Su presencia y clamar por un corazón íntegro. Solo la obra del Espíritu puede arrancar de nosotros el deseo de aparentar y producir, en su lugar, un amor sincero a la verdad. La hipocresía mata, pero la gracia vivifica. La hipocresía engaña, pero la verdad libera. La hipocresía divide, pero la santidad une.

Así, al recordar los ejemplos bíblicos, no quedamos atrapados en el miedo, sino impulsados a la esperanza. El mismo Dios que juzgó a los hipócritas es el Dios que restaura a los quebrantados. El mismo Cristo que denunció a los fariseos es el que recibió con ternura a los pecadores sinceros. El Señor nos llama a vivir en luz, a caminar en transparencia y a renunciar a toda máscara, para que el mundo vea no una religiosidad vacía, sino a Cristo formado en nosotros.

Es claro que el Señor aborrece la hipocresía, los profetas condenaron dichas actitudes, Juan el Bautista llamó a las multitudes hipócritas que venían a él para ser bautizadas como: “generación de víboras”, y les advirtió que produjeran

frutos dignos de arrepentimiento (**Lucas 3:7 al 9**). Y como vimos, el Señor tomó una postura firme contra la santurronería, llamándolos hipócritas, lobos vestidos de ovejas (**Mateo 7:15**), sepulcros blanqueados (**Mateo 23:27**), serpientes y generación de víboras (**Mateo 23:33**).

Como hijos de Dios, estamos llamados a esforzarnos por la santidad (**1 Pedro 1:16**). Debemos aborrecer lo malo y seguir lo bueno (**Romanos 12:9**). Nunca debemos insinuar una aceptación del pecado, especialmente en nuestras propias vidas. Todo lo que hacemos debe ser coherente con lo que creemos y lo que somos en Cristo. La actuación es para el teatro, no para la vida real.

***“Que las misericordias del Señor jamás terminan, pues nunca fallan Sus bondades; son nuevas cada mañana;
¡Grande es tu fidelidad!”***

Lamentaciones 3:27



Capítulo cuatro

HIPOCRESÍA ENTRE LOS SANTOS

“Tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita.”

2 Timoteo 3:5

Lamentablemente, la hipocresía no ha desaparecido de la Iglesia. A través de los siglos ha cambiado de rostro, ha adoptado nuevos lenguajes y se ha camuflado en formas más sofisticadas, pero su esencia sigue siendo la misma: aparentar lo que no se es, mostrar una fachada de piedad mientras el corazón se mantiene distante de la verdad.

En nuestra época, la cultura de la imagen, la obsesión por la apariencia y la necesidad constante de aprobación han dado a la hipocresía un terreno fértil donde crecer. El peligro ya no se limita a templos físicos ni a rituales religiosos, sino que invade la vida diaria, los espacios digitales y las dinámicas de las comunidades cristianas. Con estas posibilidades de expansión, tristemente parece haber aumentado.

La doble vida dentro de la iglesia se ha vuelto una realidad dolorosa. Muchos confiesan a Cristo con sus labios el domingo, pero viven de manera contraria a Su evangelio de lunes a sábado. En los cultos, las manos se levantan y los cantos se elevan; en lo secreto, sin embargo, persisten pecados escondidos, palabras hirientes, hábitos que esclavizan y relaciones dañinas que se ocultan tras un manto de espiritualidad aparente.

No se trata de exigir perfección, porque la Biblia nos enseña que todos fallamos y dependemos de la gracia; se trata de sinceridad, de no esconder lo que necesita ser sanado. La doble vida es peligrosa porque divide el alma, adormece la conciencia y convierte la fe en un teatro que eventualmente se desploma. Jesús fue claro al afirmar que ***“ningún siervo puede servir a dos señores”*** (Lucas 16:13).

Quien intenta vivir en dos mundos termina perdiendo ambos: no disfruta la comunión con Dios y tampoco encuentra la supuesta paz del mundo, pues el alma queda atrapada en un abismo de contradicción. Quienes actúan de esa manera nunca serán eficientes en la comunión con el cuerpo de Cristo. Tendrán momentos de sinceridad y profunda espiritualidad, pero poco tiempo después vuelven a sorprender con actitudes frías y faltas de compromiso.

Cuando la hipocresía permanece, lo que se produce es la práctica religiosa sin poder. El apóstol Pablo describió con precisión este peligro al advertir que habría hombres que ***“tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de***

ella” (2 Timoteo 3:5). En otras palabras, Pablo advierte sobre la existencia de una fe superficial: que habla de Dios, que se reúne en su nombre, que levanta himnos y programas, pero carece de la fuerza transformadora del Espíritu.

El activismo sin poder es un cascarón vacío: puede impresionar a los ojos humanos, pero no cambia corazones, no libera cautivos, no produce santidad y mucho menos impresiona a Dios. Es la caricatura de lo que debería ser la iglesia: un pueblo lleno de vida divina.

La hipocresía moderna encuentra en esta religiosidad vacía su mejor refugio. Es posible predicar sin creer, cantar sin adorar, servir sin amar, dar sin sacrificio. Es posible vivir de ritos sin experimentar la realidad de Cristo. Y esto no solo daña a quienes practican esa vida superficial, sino que hiere a toda la comunidad de fe.

Una iglesia donde la religión sustituye la presencia del Espíritu se vuelve incapaz de confrontar al mundo, porque ha perdido primero la capacidad de confrontarse a sí misma. Cuando la apariencia sustituye a la autenticidad, el testimonio pierde fuerza, el mensaje se vuelve hueco y el evangelio queda desacreditado.

Como mencioné anteriormente, la cultura digital ha amplificado este peligro. Las redes sociales, con su lógica de exhibición y filtros, se han convertido en una plataforma para la “vida cristiana editada”. Allí se publican fotos cuidadosamente seleccionadas de reuniones, mensajes con

versículos, frases inspiradoras y momentos de espiritualidad. Pero lo que no se muestra son las luchas reales, los pecados contra los que se batalla, las noches de dudas, las lágrimas en secreto.

Las redes sociales ofrecen la tentación de construir un personaje religioso digital que muchas veces no corresponde con la vida diaria. No hay nada de malo en compartir la fe en estos espacios, pero cuando lo que se publica es solo un escaparate que oculta la realidad, entonces se convierte en un terreno fértil para la hipocresía.

La vida cristiana no puede, ni debe, reducirse a una imagen pública ni a un perfil cuidadosamente editado. Dios no nos llamó a proyectar perfección, sino a caminar en verdad. El evangelio no necesita filtros; su poder radica en la sinceridad de corazones quebrantados y dependientes de la gracia.

Cuando la fe se convierte en un escaparate, en lugar de un camino, se vuelve un espectáculo vacío que no edifica ni transforma. Jesús mismo nos enseñó que el Padre busca adoradores en espíritu y en verdad (**Juan 4:23**), no en apariencia y en fachada. Por eso, la iglesia debe resistir la tentación de vivir para la aprobación de las multitudes y abrazar la autenticidad que solo el Espíritu Santo produce.

El cristiano que busca aparentar termina atrapado en una trampa que le roba gozo, paz y libertad. Vive con temor

de ser descubierto, con la carga de sostener un personaje que no existe y con la angustia de no poder descansar en la gracia.

La buena noticia es que Cristo no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores (**Mateo 9:13**). Él no espera de nosotros una imagen impecable, sino un corazón sincero. La transparencia delante de Dios abre la puerta a la sanidad, y la confesión de la debilidad nos conduce a experimentar Su poder. La hipocresía encadena; la verdad siempre libera.

El mayor peligro de la hipocresía en tiempos modernos es que no solo engaña a los demás, sino que termina desgastando el alma del propio creyente. El corazón humano no fue diseñado para sostener dos vidas. La duplicidad genera cansancio, ansiedad y un vacío que ninguna apariencia puede llenar. El hipócrita religioso vive en tensión constante: en público quiere mantener una reputación; en lo privado, convive con secretos que lo acusan. Este desajuste produce un desgaste espiritual que lo aleja de la presencia de Dios y lo convierte en esclavo de su propia fachada.

La Escritura es clara cuando nos invita a la integridad: ***“Mejor es el pobre que camina en integridad, que el de perversos labios y fatuo” (Proverbios 19:1)***. Es preferible ser sincero en la debilidad que pretender una fortaleza falsa. Además, cuando la hipocresía es aceptada, comienza a expandirse, porque se ampara en la complicidad de su poseedor y se siente con derechos absolutamente perversos.

Como vemos, la doble vida no solo daña al individuo, también hiere a la comunidad de fe. Cuando dentro de la iglesia se tolera una cultura de apariencias, la congregación pierde su autenticidad y se convierte en un espacio de máscaras. En lugar de ser un hospital para pecadores, se transforma en un teatro donde cada uno actúa un papel. Así, quienes luchan con debilidades no encuentran un lugar seguro para confesar y buscar restauración, porque temen el juicio de quienes aparentan perfección.

El resultado es un círculo de silencio y simulación que asfixia la vida espiritual. En contraste, la iglesia primitiva vivía en una dinámica de transparencia: ***“Y confesaban sus pecados” (Hechos 19:18)***. Allí, la confesión no era una vergüenza, sino una oportunidad de experimentar la gracia. El evangelio florece donde hay verdad; muere donde hay hipocresía.

La modernidad ha exacerbado la obsesión por las apariencias. El mundo virtual permite mostrar lo mejor y ocultar lo peor, seleccionar cuidadosamente qué se ve y qué no. Pero la fe genuina no se edita ni se filtra. Si la vida cristiana se convierte en un escaparate digital, corremos el riesgo de caer en el mismo error de los fariseos: vivir para ser vistos por los hombres.

Recordemos que el Señor nos advirtió: ***“Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos” (Mateo 6:1)***. Las redes sociales no son malas en sí mismas, pero sí pueden convertirse en un terreno fértil

para la hipocresía si se usan para proyectar una espiritualidad que no se vive en la intimidad con Dios. Lo que se publica puede ser brillante, pero lo que Dios observa es la verdad del corazón.

Por eso, la iglesia necesita recuperar la práctica de la autenticidad. Ser auténtico no significa exhibir todos nuestros pecados al mundo, sino caminar en la luz, sin dobles intenciones, sin máscaras, con un corazón sincero delante de Dios y de los hermanos. La Escritura nos exhorta:

“Si decimos que tenemos comunión con Él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.”

1 Juan 1:6 y 7

Caminar en la luz implica ser transparentes, reconocer nuestras luchas, confesar nuestras faltas y permitir que la gracia de Cristo nos transforme. La verdadera espiritualidad no consiste en aparentar perfección, sino en vivir en dependencia del Espíritu Santo.

El hipócrita confía en su imagen; el verdadero discípulo confía en la obra de Cristo. El hipócrita busca ser admirado; el verdadero discípulo busca glorificar a Dios. El hipócrita quiere sostener un personaje; el verdadero discípulo se atreve a ser vulnerable porque sabe que su identidad está segura en el amor del Padre. Esta diferencia lo cambia todo.

Una iglesia formada por discípulos auténticos es imperfecta, pero poderosa; débil en sí misma, pero fuerte en la gracia; quebrantada, pero luminosa.

El desafío de nuestra generación es dejar de vivir para las cámaras y los aplausos, y comenzar a vivir para el Dios que ve en lo secreto. Allí, en el lugar oculto de la oración y la comunión íntima, se forja la santidad que ninguna pantalla puede simular.

Allí, donde nadie más observa, se prueba la autenticidad de la fe. Y cuando lo secreto está en orden, lo público se convierte en un testimonio poderoso, no de nuestra perfección, sino de la gracia que nos sostiene. El mundo necesita ver cristianos verdaderos, no versiones editadas; discípulos que encarnen el evangelio con su vida diaria, no solo con sus publicaciones.

Por eso, el llamado de Cristo resuena con urgencia en este tiempo: ***“Sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no” (Mateo 5:37)***. La fe que agrada a Dios es sencilla, transparente, libre de doblez. La iglesia no necesita más máscaras, necesita más verdad. No necesita más espectáculos religiosos, necesita más corazones quebrantados en adoración sincera.

La Iglesia no necesita más apariencia de espiritualidad, necesita más poder del Espíritu. Allí donde la hipocresía se desenmascara y la autenticidad florece, la gloria de Dios se manifiesta y el evangelio recupera su fuerza transformadora.

***“Pero el propósito de nuestra instrucción es el amor
nacido de un corazón puro, de una buena conciencia y de
una fe sincera.”***

1 Timoteo 1:5



Capítulo cinco

SIN SANTIDAD NADIE VERÁ AL SEÑOR

“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.”

Hebreos 12:14

La búsqueda de santidad auténtica no es un camino que se recorra por instinto, por fuerza de voluntad o por imitación de modelos externos; es un trayecto que exige intimidad con Dios, dependencia del Espíritu y disciplina de vida. La santidad comienza en lo secreto, donde nadie nos observa, donde nuestras motivaciones se revelan y donde la gracia de Dios obra con libertad.

Es allí, en la soledad de la oración sincera, en la quietud de un corazón que escucha y obedece, donde la transformación interior tiene lugar. Jesús mismo enseñó que lo que se hace en secreto tiene valor eterno. Lo que ocurre fuera, en lo visible, no es más que el reflejo de lo que se cultiva en el interior.

Una vida santa requiere integridad incluso cuando nadie vigila. Es la coherencia entre lo que pensamos, sentimos y hacemos. Cada decisión, por pequeña que parezca, se convierte en un acto de adoración o en una renuncia a la gracia. La autenticidad no es negociable: el que es sincero con Dios lo será también con los demás, porque el corazón transformado por el Espíritu no puede sostener máscaras por mucho tiempo.

La santidad que se busca para agradar a otros, o para evitar críticas, es insuficiente y pronto se desmorona. Por eso, la verdadera santidad se cultiva en lo secreto, en la fidelidad silenciosa y constante, en los actos que no buscan reconocimiento, sino que se ofrecen como expresión de amor y obediencia a Dios.

El camino hacia una vida santa se apoya también en la Palabra. La Escritura es espejo y guía; allí descubrimos quién es Dios, cuál es Su voluntad y cómo debemos vivir. La renovación de la mente mediante el estudio, la meditación y la obediencia a la Palabra forma el carácter y produce discernimiento frente a las falsas enseñanzas. Pablo exhorta a los creyentes: ***“Sed renovados en el espíritu de vuestra mente”*** (Efesios 4:23), indicando que la santidad no se alcanza por meros esfuerzos humanos, sino por la transformación del pensamiento y del corazón a la luz de la verdad divina. Cada versículo, cada principio, cada advertencia contenida en la Palabra tiene el poder de purificar, corregir y preparar al creyente para caminar en santidad.

Sin embargo, la santidad no es un logro que se obtiene de manera unilateral; es fruto de la obra del Espíritu Santo. Él convence del pecado, nos limpia de toda mancha y nos capacita para vivir conforme a la voluntad de Dios. Cada día es una oportunidad para rendirse a Su guía, para permitir que transforme nuestras motivaciones, pensamientos y actitudes.

La dependencia del Espíritu es lo que diferencia a la santidad auténtica del moralismo estéril: mientras la primera florece desde el interior, la segunda se limita a normas externas y obligaciones humanas. Como Pablo declara: ***“No andemos como necios, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos... sed llenos del Espíritu” (Efesios 5:15 y 18)***. La santidad se sostiene en esta relación dinámica: Él obra, nosotros respondemos con obediencia diaria.

Vivir en santidad también implica una dimensión relacional profunda. Amar a Dios con todo el corazón y amar al prójimo como a uno mismo no es solo un mandamiento, sino una expresión tangible de una vida rendida al Espíritu. Cada acto de servicio, cada palabra de verdad, cada gesto de compasión se convierte en evidencia de que la santidad no es solo individual, sino comunitaria.

El camino hacia una santidad auténtica no puede recorrerse en aislamiento; requiere la interacción con otros creyentes, la rendición a la corrección fraterna, la cooperación en el cuerpo de Cristo y la manifestación de frutos que bendigan y edifiquen a la iglesia.

La santidad auténtica no es un ideal lejano reservado para los más avanzados espiritualmente; es un llamado diario que se cumple en las pequeñas decisiones, en los detalles de cada jornada. No se trata de gestos extraordinarios, sino de fidelidad constante: decir la verdad aunque duela, actuar con justicia aunque nadie lo vea, elegir la humildad frente a la tentación del orgullo, perdonar cuando el corazón clama por venganza.

Cada acto así, aunque imperceptible para los demás, es evidencia de una vida rendida a Dios. La coherencia entre lo interior y lo exterior produce una luz que, aunque suave al principio, ilumina toda la existencia y, eventualmente, se convierte en testimonio para otros. La sociedad actual está muy necesitada de esa luz, y es nuestra responsabilidad que pueda recibirla.

El Espíritu Santo, al transformar el corazón, también nos capacita para resistir las seducciones del mundo y las trampas de la carne. No podemos depender de nuestra fuerza; necesitamos diariamente Su dirección, Su convicción y Su poder para vencer las áreas donde somos más vulnerables. Jesús prometió que el Espíritu ***“os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho”*** (Juan 14:26). Este acompañamiento constante permite que la santidad deje de ser un deber arduo y se convierta en un estilo de vida fluido, gozoso y liberador.

Cada decisión alineada con Dios refuerza la transformación, cada acto de obediencia alimenta la

integridad, cada rendición fortalece la dependencia de Su poder. En este Nuevo Pacto que vivimos en la persona de Cristo, la santidad no es fruto de nuestras fuerzas, sino de Su poder. Lo que Él demanda es dependencia, entrega y verdadera devoción.

La santidad también se manifiesta en nuestra capacidad de discernir y rechazar lo que contamina la mente y el espíritu. Vivimos en un tiempo saturado de información, opiniones y enseñanzas que pueden confundir y desviar del camino verdadero. Por ello, los creyentes debemos aprender a examinar cuidadosamente todo, medirlo con la Palabra de Dios y permitir que el Espíritu Santo nos guíe en la interpretación correcta y en el discernimiento de toda situación.

Solo así se puede mantener una vida íntegra, resistente a la influencia de falsas doctrinas y de ideologías que erosionan la verdad. Pablo lo aconseja con claridad: ***“Examinadlo todo; retened lo bueno”*** (1 Tesalonicenses 5:21). La santidad requiere vigilancia, discernimiento y claridad espiritual constante.

Además, la vida santa produce frutos visibles: carácter íntegro, relaciones sanas, generosidad genuina y servicio desinteresado. No se trata de acumulación de méritos, sino de reflejar el corazón de Dios. La santidad no limita la libertad; la expande. Libera de la esclavitud del pecado y de las cadenas del ego, y abre camino a la verdadera alegría, al gozo profundo que solo proviene de caminar conforme a la

voluntad de Dios. Es un testimonio silencioso pero poderoso, que habla más que mil palabras y atrae a otros hacia la verdad de Cristo.

Finalmente, la santidad auténtica nos conduce a una vida de adoración constante. Cada acto rendido, cada pensamiento purificado, cada palabra y obra alineadas con Dios se convierten en sacrificio vivo, tal como Pablo exhorta:

“Presentad vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.”

Romanos 12:1

La santidad deja de ser una carga o un deber y se transforma en expresión de gratitud y amor. La vida se convierte en un continuo acto de adoración, donde lo que hacemos en lo secreto y lo público converge en un testimonio que honra al Padre. Cuando dejamos que el Espíritu Santo nos ilumine, nos conduzca y nos capacite, otorgándonos el querer como el hacer, la verdad del Reino se manifiesta.

Caminar por estos caminos requiere decisión y perseverancia. Requiere un corazón dispuesto a renunciar a la comodidad de la mediocridad espiritual, a enfrentar la tentación del orgullo y a perseverar en lo cotidiano. Pero la recompensa es invaluable: vivir con la conciencia limpia, el corazón en paz y la vida orientada hacia Dios. La santidad auténtica no es solo un camino hacia el cielo; es un camino de poder y plenitud en la tierra, un testimonio que transforma

vidas, fortalece la iglesia y glorifica a Dios en todo lo que hacemos.

Que cada creyente, consciente de esta verdad, tome la decisión de rendirse diariamente al Espíritu Santo, de alimentar su corazón con la Palabra, de vivir con integridad y de dejar que la santidad se manifieste en cada aspecto de su vida. Así, la Iglesia se levantará como comunidad santa, íntegra y auténtica, y cada cristiano reflejará la luz de Cristo en un mundo que tanto necesita ver Su rostro en nosotros.

“Nuestra exhortación no procede de error ni de impureza ni es con engaño; sino que así como hemos sido aprobados por Dios para que se nos confiara el evangelio, así hablamos, no como agradando a los hombres, sino a Dios que examina nuestros corazones...”

1 Tesalonicenses 2:3 y 4

Para comprender las demandas de la santidad que el Señor hace a la Iglesia, es necesario comprender Su propia santidad, porque esta es un aspecto fundamental de Su carácter. Dios desea, incluso ordena, que Su pueblo busque Su santidad (**Levítico 11:44**). Siempre lo hizo, pero en el Antiguo Testamento, nadie podía cumplir eficientemente con esa demanda. Solo en Cristo y a través de Cristo es posible manifestar el carácter divino.

Las personas que desean vivir en estrecha comunión con el Señor y mantener una profunda relación con Su Espíritu deben apartarse de los intereses egoístas del propio

yo. Deben buscar primeramente el reino de Dios y su justicia (**Mateo 6:33**). Quienes hemos recibido la gracia de la regeneración estamos llamados a ser como Dios en Su santidad (**Efesios 1:4**).

El apóstol Pedro instruyó a los creyentes a vivir como hijos obedientes de Dios, sin volver atrás a la vieja manera de vivir, para satisfacer los propios deseos. Pedro dice que antes vivíamos así por ignorancia, pero ahora debemos ser santos en todo lo que hacemos, tal como el Señor, quien nos eligió (**1 Pedro 1:14 al 16**).

Dios desea conducirnos a la santidad y nos disciplina cuando evitamos hacerlo. Lo hace porque nos ama y porque somos Sus hijos. A lo largo de las Escrituras, Dios exhorta a Su pueblo a esforzarse por cultivar la santidad: ***“Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación”*** (**1 Tesalonicenses 4:7 y 8**).

El hecho de declarar que “sin santidad nadie verá al Señor” refleja la anticipación del autor de ver a Cristo a Su regreso (**1 Juan 3:2**). Este es el punto culminante del pasaje más amplio de **Hebreos 12:22 al 29**. Si nuestro objetivo principal es ser como Cristo y verlo cuando regrese, nuestra búsqueda práctica diaria debe encaminarse hacia la pureza total de pensamiento y estilo de vida.

Somos templo del Dios vivo (**2 Corintios 6:14 al 18**). A la luz de esta revelación, el apóstol Pablo exhortó: ***“Queridos amigos, dado que tenemos estas promesas,***

limpiémonos de todo lo que pueda contaminar nuestro cuerpo o espíritu. Y procuremos alcanzar una completa santidad porque tememos a Dios” (2 Corintios 7:1, NTV). Pablo le dijo a Timoteo: “Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor y dispuesto para toda buena obra” (2 Timoteo 2:21).

Es vital comprender que, como pueblo redimido del Señor, somos salvos gracias a la obra consumada de Cristo, la ofrenda de Su cuerpo en la cruz (**Hebreos 10:10, 14; Efesios 1:4; 1 Corintios 1:2**). Hemos sido salvos por Jesús para un llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según Su propósito y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos (**2 Timoteo 1:9**). Él nos salvó, no por las acciones justas que habíamos hecho, sino por Su misericordia. Nos lavó, quitando nuestros pecados, y nos dio un nuevo nacimiento y vida nueva por medio del Espíritu Santo (**Tito 3:5**).

La santificación se basa en la muerte y resurrección de Jesucristo y en la obra continua del Espíritu Santo que mora en nosotros (**Colosenses 1:21 al 23**). Motivados por el conocimiento de que sin santidad nadie verá al Señor, seguimos esforzándonos en el poder del Espíritu Santo, dependientes de Él y entregados por completo para que nuestra nueva naturaleza se manifieste en semejanza al Señor, quien es verdaderamente justo y santo (**Efesios 4:24**).

Ciertamente estamos ante un gran desafío, porque congregaciones hay muchas, ministros hay muchos y hermanos un montón. Lo que se necesita es la manifestación del Señor. Necesitamos que la gente pueda tocar la Iglesia y tocar al Señor. Necesitamos obrar como Sus embajadores en la tierra. Necesitamos que la palabra “cristianos” vuelva a tener el verdadero sentido de lo que implica tal expresión.

“Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo...”

Filipenses 2:12 al 15



Capítulo seis

UNA SANTIDAD AUTÉNTICA

“Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable.”

1 Pedro 2:9

La santidad verdadera no es una apariencia que se viste para el ojo humano, sino un aroma que brota del alma delante de Dios. Jesús mismo advirtió a sus discípulos sobre la tentación de vivir para ser vistos: ***“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”*** (Mateo 6:5 y 6). Con estas palabras, el Señor mostró que la verdadera santidad comienza en lo secreto, en esos lugares donde los

ojos humanos no alcanzan a ver, pero donde el corazón es examinado por el Dios que todo lo escudriña.

Una santidad auténtica se manifiesta en la oración sincera y en la comunión íntima con el Padre. No se trata de recitar palabras hermosas ni de elaborar discursos piadosos; se trata de derramar el alma ante Dios con la transparencia de un hijo que sabe que es amado. La oración que santifica no busca reconocimiento, sino transformación. En ese espacio secreto, las máscaras se caen y las intenciones se desnudan. Es allí donde el Espíritu del Señor confronta, corrige y consuela. Es allí donde se fragua el carácter del creyente.

Pero no basta con palabras elevadas; la santidad en lo secreto también exige integridad cuando nadie ve. Muchos pueden cuidar su testimonio en público, pero su verdadero carácter se revela en lo privado. ¿Qué pensamientos acaricia la mente cuando las luces se apagan? ¿Qué deseos dominan el corazón cuando no hay ojos humanos que juzguen?

La santidad genuina no se limita a la conducta visible, sino que penetra en lo más profundo del ser. Jesús lo expresó con claridad: ***“Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”*** (Mateo 5:27 y 28). El Señor no se conforma con la limpieza externa; exige pureza interior.

Es en ese terreno invisible de los pensamientos, los deseos y las motivaciones donde se libra la batalla más ardua.

Nadie aplaudirá la victoria de un creyente sobre un pensamiento impuro o una intención torcida, pero el Padre que ve en lo secreto se complace en ese triunfo silencioso.

El apóstol Pablo exhortó a los filipenses diciendo: ***“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad”*** (Filipenses 4:8). Nuestra mente es el taller donde se forja la santidad o donde se gesta la corrupción. Por eso, cultivar pensamientos santos no es una práctica opcional, sino una urgencia espiritual.

El secreto de una santidad auténtica no está en la disciplina externa, aunque esta tenga su valor, sino en la intimidad con el Dios santo. No es el esfuerzo de impresionar a los demás, sino el anhelo de agradar al Padre. No es un acto ocasional de devoción, sino un estilo de vida escondido en Cristo. Y ese escondite, ese aposento cerrado, no es un lugar físico, sino un estado del alma que, en medio del ruido y la exposición, aprende a habitar bajo la sombra del Altísimo.

El cristiano que cultiva esta santidad secreta se convierte en un testigo poderoso, aun sin levantar la voz. Lo que se vive en lo secreto inevitablemente se reflejará en lo público. La vida de oración sincera, la pureza en lo íntimo y la integridad en lo oculto se convierten en un testimonio vivo que trasciende palabras.

El rostro brilla con la paz de Dios, la conducta inspira confianza, y las palabras tienen peso porque nacen de un corazón limpio. Así como Moisés descendía del monte con el rostro resplandeciente tras haber estado en la presencia de Dios, el creyente que se santifica en lo secreto irradia la unción del Señor en medio de un mundo hambriento de autenticidad.

Sin embargo, este camino no está exento de lucha. El corazón humano es engañoso y perverso (**Jeremías 17:9**). Nadie puede confiar en su propia fuerza para mantener pensamientos puros o deseos rectos. Por eso, la oración sincera se convierte también en clamor de dependencia: *“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”* (Salmo 51:10).

La santidad auténtica no es producto del esfuerzo humano, sino fruto de la gracia que opera en lo íntimo. El creyente que reconoce su debilidad y busca refugio en la presencia del Señor encontrará la fortaleza que necesita para vivir una vida íntegra, aun cuando nadie lo esté mirando.

En un tiempo donde la hipocresía religiosa se viste de luces, plataformas y discursos, la Iglesia necesita volver a esta fuente: la santidad que se cultiva en lo secreto. Solo cuando los altares ocultos estén encendidos con fuego santo, los altares públicos tendrán poder verdadero. La autenticidad de la vida cristiana no se mide en lo que otros ven, sino en lo que Dios conoce. Y es allí, en esa comunión íntima y sincera

con el Padre, donde comienza el verdadero camino de la santidad.

Sin embargo, también debo aclarar que la santidad auténtica no se sostiene únicamente con experiencias íntimas con Dios; necesita un fundamento sólido, un ancla eterna que dé forma, dirección y discernimiento al corazón del creyente. Jesús, en su oración sacerdotal, expresó con claridad: ***“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17).*** Con esta declaración, el Señor reveló que la santidad no es fruto de la imaginación humana ni de las tradiciones religiosas, sino de la acción transformadora de la Palabra de Dios, cuando es revelada por el Espíritu Santo.

La Escritura no es un libro más ni una colección de consejos morales; es la voz viva del Dios eterno que penetra hasta lo más profundo del ser. El escritor a los Hebreos lo describió con palabras incisivas: ***“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12).***

Es precisamente esta capacidad de discernir lo que está oculto lo que convierte a la Palabra en instrumento esencial de santificación. Allí donde el corazón humano intenta justificarse, la Palabra revela la verdad. Allí donde las motivaciones se confunden, la Palabra revelada separa lo santo de lo profano.

La santidad auténtica exige, entonces, un compromiso profundo con las Escrituras. No se trata de un contacto superficial, de leer unos versículos como rutina devocional sin permitir que penetren en lo más hondo. Se trata de permitir que la Palabra forme el carácter, moldee las decisiones y renueve la mente. Es por esto que, una vez más, encontramos que todo comienza en la obra del Espíritu Santo; sin Él no hay vida ni luz para comprender, y sin revelación no hay cambio genuino.

El apóstol Pablo enseñó a los romanos: ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”*** (Romanos 12:2). Aquí radica uno de los mayores desafíos de nuestro tiempo: vivir en una cultura saturada de voces, ideologías y filosofías que intentan moldear nuestra manera de pensar, y a la vez permanecer firmes en la verdad eterna que nunca cambia.

La santidad, entonces, no es ignorancia ni pasividad. Es discernimiento. Frente a un mundo plagado de falsas enseñanzas, medias verdades y doctrinas humanas disfrazadas de espiritualidad, la Iglesia debe aferrarse con firmeza a la Palabra.

El apóstol Juan advirtió: ***“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo”*** (1 Juan 4:1). El discernimiento no nace de la suspicacia humana, sino

de una mente y un corazón empapados en la verdad de Dios. Un creyente saturado de Escritura no será arrastrado por cualquier viento de doctrina, porque ha aprendido a reconocer la voz del buen Pastor en medio de tantas voces extrañas.

El proceso de santificación implica, pues, una renovación continua de la mente. Esto no ocurre de manera automática ni instantánea, sino a través de la constante exposición a la Palabra. Así como el cuerpo necesita alimento diario para mantenerse vivo, el alma necesita nutrirse cada día con la verdad de Dios.

David lo expresó con ternura y firmeza en el **Salmo 119:9 y 11**: “*¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra... En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra Ti...*” La Palabra, guardada en el corazón, no solo informa, sino que transforma; no solo ilumina el entendimiento, sino que fortalece la voluntad contra el pecado.

La santidad auténtica se manifiesta, entonces, en una vida gobernada por la Escritura. No basta con admirar la Biblia como un tesoro histórico, ni con defenderla como una bandera doctrinal; es necesario dejar que ella gobierne cada aspecto de la vida. ¿Cómo trata un cristiano a su prójimo? ¿Cómo responde ante la tentación? ¿Cómo administra sus recursos? ¿Cómo enfrenta el sufrimiento? Todas estas respuestas se definen a la luz de la Palabra. La santidad no

consiste en acumular conocimiento bíblico, sino en permitir que la verdad conocida se convierta en obediencia práctica.

En una época de confusión doctrinal y relativismo moral, la Iglesia necesita levantar con claridad la convicción de que la verdad no cambia. Lo que ayer fue pecado, hoy sigue siendo pecado; lo que ayer fue santo, hoy sigue siendo santo. El mundo puede redefinir conceptos, alterar valores y flexibilizar principios, pero la Palabra permanece para siempre (**Isaías 40:8**). Y esa Palabra es la que tiene poder para santificar.

El cristiano que se deja moldear por la verdad experimenta un cambio profundo: su mente es purificada, sus decisiones son guiadas con sabiduría y su carácter refleja cada vez más la semejanza de Cristo. Este es el propósito de la santificación: ser transformados a la imagen del Hijo, como lo afirma Pablo:

***“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta
como en un espejo la gloria del Señor, somos
transformados de gloria en gloria en la misma imagen,
como por el Espíritu del Señor.”***

2 Corintios 3:18

La santidad auténtica, entonces, no es un esfuerzo aislado del creyente, sino un caminar diario con la Palabra de Dios como lámpara y guía. En medio de un mundo que exalta la apariencia y relativiza la verdad, la Iglesia está llamada a vivir una santidad fundamentada en lo eterno. No basta con

tener experiencias espirituales emocionantes si no están ancladas en la verdad revelada. No basta con proclamar fervientemente la fe si no está sustentada en la Escritura. La santidad real es aquella que se edifica sobre la roca firme de la Palabra, y esa roca jamás será conmovida.

Debo ser claro y contundente en esto y por eso lo reitero: la santidad auténtica no se alcanza por el mero esfuerzo humano ni por la disciplina de la voluntad, sino por la obra transformadora del Espíritu Santo en lo profundo del corazón. Fuera de este concepto clave, no hay revelación de la Palabra ni santidad verdadera. Hay religión, hay lealtades y compromisos, pero no hay santidad genuina.

Por otra parte, la Escritura enseña que la santificación no es una opción para algunos creyentes más consagrados, sino una obra esencial de Dios en todos aquellos que han sido redimidos por Cristo. El apóstol Pablo lo expresó de manera contundente: ***“Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación”*** (1 Tesalonicenses 4:3). Y esta voluntad divina se cumple en nosotros a través de la acción constante del Señor.

El Espíritu Santo es el agente de la santificación. Él convence de pecado, de justicia y de juicio (**Juan 16:8**). No se limita a señalar lo incorrecto, sino que también revela la hermosura de la justicia divina y la gravedad de caminar fuera de ella. Sin la obra del Espíritu, el corazón humano permanece endurecido, indiferente a la voz de Dios. Pero cuando el Espíritu toca lo más íntimo del ser, las escamas

caen de los ojos y el alma reconoce su necesidad de ser limpiada. Así como Saulo de Tarso, camino a Damasco, quedó cegado por la gloria del Señor hasta que sus ojos fueron abiertos, también nosotros necesitamos esa obra del Espíritu que nos quiebra para darnos una nueva visión.

No obstante, el Espíritu no solo convence; también limpia. La santidad auténtica no se limita a una vida de renuncia, sino que incluye un proceso continuo de purificación. Ezequiel profetizó acerca de esta obra cuando transmitió la promesa de Dios: ***“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros”*** (Ezequiel 36:25 y 26). Esta promesa encuentra su cumplimiento en Cristo y en el ministerio del Espíritu Santo en los creyentes. No es el hombre quien, con sus propias fuerzas, logra despojarse de sus pecados; es el Espíritu quien limpia, quien arranca los ídolos ocultos, quien reemplaza el corazón de piedra por uno de carne sensible a la voz de Dios.

El Espíritu Santo, además de convencer y limpiar, transforma. El proceso de santificación no es estático, sino dinámico: día a día, el creyente es llevado de gloria en gloria, siendo conformado a la imagen de Cristo. El fruto del Espíritu, descrito en **Gálatas 5:22 y 23**, no es una lista de virtudes que el creyente debe producir con esfuerzo propio, sino la manifestación del carácter de Cristo en aquel que permanece en el Espíritu.

Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza son señales de una vida en la que el Espíritu obra sin impedimentos. Así, la santidad deja de ser una carga imposible y se convierte en una vida abundante que fluye de la comunión con Dios.

Vivir en santidad, entonces, implica dependencia diaria del Espíritu Santo. Como creyentes no podemos apoyarnos en experiencias pasadas ni en victorias antiguas; necesitamos cada día ser llenos del Espíritu. Pablo exhorta claramente: ***“Sed llenos del Espíritu...” (Efesios 5:18)***. No es un mandato para unos pocos, sino para toda la Iglesia.

Ser lleno del Espíritu es rendirse continuamente a Su dirección, permitir que Él guíe pensamientos, palabras y acciones. El cristiano que camina en esa dependencia experimenta libertad frente al poder del pecado y capacidad para vivir en integridad en un mundo que promueve la hipocresía.

La santidad auténtica es, por lo tanto, fruto de la cooperación entre la gracia de Dios y la obediencia del creyente. El Espíritu obra, pero el creyente responde. El Espíritu limpia, pero el hombre debe abrir su corazón. El Espíritu transforma, pero el cristiano debe rendir sus áreas ocultas a Su control. Este proceso no siempre es cómodo; implica quebranto, renuncia y disciplina. Pero cada paso dado en dependencia del Espíritu se convierte en un paso firme hacia la semejanza de Cristo.

En una época en la que la religión muchas veces se reduce a espectáculo, activismo o formalidad, la Iglesia necesita recordar que solo el Espíritu Santo puede producir santidad verdadera. Ningún programa humano, ninguna estrategia ministerial ni disciplina externa puede sustituir la obra del Espíritu. Donde Él es apagado o resistido, la apariencia puede permanecer, pero la vida se marchita. Donde Él es honrado y obedecido, la vida de Dios se manifiesta con poder y autenticidad.

La santidad auténtica, entonces, no es un ideal lejano, sino una realidad posible para aquellos que se rinden cada día al obrar del Espíritu. Es un camino que se recorre con humildad, reconociendo que sin Él nada podemos hacer, pero que con Su poder todo es posible. Así, la Iglesia no solo será preservada del engaño de la hipocresía, sino que brillará como testimonio vivo de la gracia de Dios en medio de un mundo entenebrecido.

Y este es el gran desafío: vivir una santidad que no sea fachada, sino vida; no apariencia, sino verdad; no esfuerzo humano, sino fruto del Espíritu. Una santidad que brota en lo secreto, que se afirma en la Palabra y que se perfecciona en la dependencia del Espíritu Santo. Solo así la Iglesia podrá reflejar a Cristo con autenticidad y cumplir su llamado eterno de ser santa, porque santo es Aquel que la ha llamado.

“... así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para hacerla santa. Él la purificó, lavándola con agua mediante la palabra, para presentársela a sí mismo como

***una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna
otra imperfección, sino santa e intachable.”***

Efesios 5:25 al 27



Capítulo siete

LA BELLEZA Y EL GOZO DE LA SANTIDAD

“Pues Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo.”

2 Timoteo 1:9

La santidad ha sido presentada a menudo como una carga, como una exigencia opresiva que obliga a los creyentes a vivir en constante temor de fallar. Sin embargo, cuando la Escritura en el Nuevo Pacto habla de santidad, no la describe como una cadena que inmoviliza, sino como la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

El apóstol Pablo recuerda a la Iglesia de Roma que antes estaban esclavizados al pecado, pero que ahora, en Cristo, han sido libertados para ser siervos de la justicia: ***“Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis***

a ser siervos de la justicia” (Romanos 6:17 y 18). La verdadera libertad no se encuentra en la autonomía egoísta que promete el mundo, sino en el poder de la gracia que nos libra del dominio del pecado y nos conduce a una vida plena.

Esta verdad revela que la santidad no es ausencia de placer, sino su consumación en Cristo. El pecado esclaviza y desfigura, prometiendo felicidad y dejando vacío; la santidad, en cambio, embellece el alma y la llena de un gozo que no se marchita. El salmista exclamaba: ***“En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Salmo 16:11).***

Ese gozo no es un sentimiento pasajero, sino el fruto de vivir en comunión con el Santo, de saborear la vida para la cual fuimos creados. Cuando el cristiano comprende que la santidad es un camino de libertad y no un código rígido de prohibiciones, comienza a ver la belleza de obedecer al Señor. La obediencia deja de ser una carga para convertirse en un privilegio, porque ya no se trata de reglas externas, sino de un corazón transformado que responde en amor a la gracia recibida.

Jesús mismo lo expresó al invitar a los cansados y cargados: ***“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí... porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:29 y 30).*** El yugo de Cristo es la santidad, pero es un yugo que libera, porque nos une a Él, nos enseña su mansedumbre y nos introduce en el descanso verdadero. La santidad, lejos de ser una opresión, es el descanso del alma que ha sido

liberada de la tiranía del pecado. Allí radica su belleza: en hacernos libres para amar, libres para obedecer, libres para vivir con un gozo que el mundo no conoce.

Por eso, hablar de santidad es hablar de verdadera felicidad. Los hombres buscan gozo en placeres temporales, pero la Escritura muestra que la bienaventuranza, esa felicidad profunda y duradera, está en la vida santa: ***“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”*** (Mateo 5:8). Ver a Dios es el mayor de los gozos, y solo el corazón purificado puede disfrutarlo.

Así, la santidad no solo nos prepara para la eternidad, sino que nos regala un anticipo del cielo aquí en la tierra: la comunión con Dios y la paz de una conciencia limpia. Con esto no me refiero a que veamos a Dios literalmente en persona, sino que cuando vivimos en santidad, lo podemos percibir en todos lados y en toda situación. Simplemente vivimos la sensación de estar rodeados de luz en todo momento, y vemos a Dios en toda situación, en toda circunstancia, en personas y en toda Su creación.

Cuando los hijos de Dios vivimos esta dimensión de la santidad como libertad y gozo, nuestra vida comienza a convertirse en testimonio. El mundo, sediento de autenticidad, necesita ver a Cristo reflejado en un pueblo que vive lo que predica. Una iglesia santa no es aquella que se encierra en un legalismo estéril, sino la que con integridad muestra el rostro de Cristo en medio de una sociedad marcada por la hipocresía y el vacío espiritual. La belleza de la

santidad no se queda en lo privado, sino que se hace pública en el testimonio de una vida transformada.

El evangelio no siempre se predica con palabras; a veces se predica con la coherencia de una vida íntegra. El apóstol Pedro exhortaba: ***“Manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras” (1 Pedro 2:12).*** En otras palabras, la santidad es un evangelio visible. Allí donde el discurso religioso ha perdido credibilidad, una vida de santidad genuina habla con elocuencia irresistible.

Cuando un cristiano perdona en lugar de vengarse, cuando sirve en lugar de buscar poder, cuando permanece fiel en un mundo de traiciones, está mostrando al Cristo vivo. Y esa es la mayor belleza de la santidad: hace visible al Invisible, revela a Cristo en medio de la oscuridad. Cada creyente se convierte en una carta abierta, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo (**2 Corintios 3:3**). Esa carta es leída por hijos, vecinos, compañeros de trabajo, quienes al ver la coherencia del santo encuentran un destello de la verdad que salva.

La santidad, entonces, es un acto de adoración. No se trata solamente de evitar el mal, sino de ofrecer todo lo que somos a Dios como un sacrificio vivo. Pablo lo declara con claridad en **Romanos 12:1**: ***“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros***

cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional". La adoración verdadera no se limita a cantos y liturgias, sino que abarca la vida entera ofrecida a Dios. Cuando vivimos en santidad, estamos adorando; cada decisión recta, cada renuncia al pecado, cada acto de obediencia se convierte en incienso agradable delante del trono del Señor.

Y esta adoración no brota de la obligación, sino de la gratitud. La santidad es la respuesta de amor a la gracia de Dios. No amamos porque tememos ser castigados, sino porque hemos sido alcanzados por un amor inmerecido: ***"Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero"*** (1 Juan 4:19). La belleza de la santidad radica en que nace del amor: el amor recibido que se transforma en amor devoto, expresado en una vida consagrada. Allí se halla también su gozo, porque nada alegra más al corazón humano que vivir en la voluntad de Aquel que lo creó.

La santidad es libertad, pero también es belleza en medio de un mundo que ha perdido el sentido de lo verdadero. La sociedad actual celebra lo superficial, aplaude el relativismo y eleva como modelo de éxito aquello que muchas veces es corrupción, soberbia y vanidad.

Frente a este panorama, la Iglesia no puede responder con un moralismo frío, sino con la frescura de una vida transformada que haga evidente que Cristo habita en su pueblo. El testimonio de una vida santa se convierte en un faro en medio de la niebla. Cuando el mundo ve autenticidad,

se detiene, porque la coherencia entre lo que se predica y lo que se vive resulta irresistible.

Jesús mismo lo declaró en el Sermón del Monte: ***“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder”*** (Mateo 5:14). Esa luz no brilla desde el mandato de líderes espirituales, sino porque la santidad nos conecta con la fuente misma de la luz: Dios es santo, y al vivir en santidad reflejamos Su esencia. No se trata de perfección humana, sino de transparencia, de no ocultar el obrar de Cristo en nosotros. Así, quienes caminamos en integridad nos convertimos en un evangelio viviente, una carta que habla más fuerte que mil sermones.

La Iglesia primitiva entendía esto. Hechos de los Apóstoles nos muestra a una comunidad que, en medio de la hostilidad del Imperio, vivía de manera tan íntegra que ***“le sobrevino temor a toda persona”*** (Hechos 2:43). El reconocimiento de la unción generaba gran respeto por la comunidad, pero a la vez generaba gran empatía, porque dice la palabra que: ***“gozaban de la simpatía de todo el pueblo”*** (Hechos 2:47).

Esa simpatía, favor del pueblo, o estimación general, según expresan las distintas versiones bíblicas, no era resultado de estrategias de mercadeo, sino del testimonio de la santidad cotidiana. Cómo sabemos muy bien, la unción manifiesta, genera atracción y a la misma vez, puede generar rechazo en aquellos que caminan en ciertos grados de oscuridad.

Esto es lo que ocurría con Jesús, algunas personas lo amaban y lo buscaban con desesperación, mientras que otros lo rechazaban y se enojaban al verlo. El choque de la luz con las tinieblas es inevitable, pero a la misma vez, es ahí donde prospera la victoria de la luz. Las tinieblas no pueden prevalecer cuando la Iglesia se expande bajo el poder de la unción, y los que son destinados a la luz, serán atraídos hacia ella.

La iglesia del primer siglo brillaba, porque los hermanos compartían lo que tenían, se amaban entre sí, perseveraban en la oración y servían con alegría. El mundo vio en ellos algo diferente y quedó impactado. Hoy no necesitamos espectáculos ni grandes eventos para atraer gente, sino vidas encendidas por la santidad de Cristo.

Pero vivir de esa manera supone un desafío, porque implica ir contra la corriente. El mundo exalta la apariencia, mientras la santidad demanda integridad; el mundo aplaude la ambición, mientras la santidad celebra el servicio humilde; el mundo premia la astucia engañosa, mientras la santidad honra la verdad. Ser santo en medio de un mundo caído es un acto profético: es anunciar que existe otro Reino, otro estilo de vida, otra esperanza. Por eso, cada decisión en favor de la santidad es también una declaración de fe.

El testimonio de una vida santa no es perfecto, porque seguimos siendo humanos, pero es real. La diferencia está en no tratar de ocultar nuestras luchas ni vivir de apariencias, sino en confesar las fallas unos a otros y caminar en las

riquezas de la gracia del Señor. Eso también es santidad: no pretender ser impecables, sino transparentes en el camino de la gracia. El mundo no necesita ver creyentes que se muestran impecables y orgullosos, sino discípulos que, aun con debilidades, reflejan la obra redentora de Cristo.

La santidad como testimonio nos recuerda que nuestra vida siempre está comunicando algo. Cada palabra, cada reacción, cada gesto se convierte en un mensaje para nuestro entorno. De allí surge la necesidad de cuidar nuestro testimonio, no solo por nosotros, sino por los que nos observan. Un acto de incoherencia puede cerrar el corazón de alguien al evangelio, pero una vida íntegra puede abrir una puerta para que Cristo sea conocido.

El gozo de la santidad se experimenta también cuando descubrimos que nuestra vida es usada por Dios para impactar a otros. No hay mayor privilegio que saber que el ejemplo de nuestra fe ha despertado preguntas en alguien, que la manera en que enfrentamos una dificultad ha sembrado esperanza en un corazón incrédulo. El testimonio de la santidad se convierte en instrumento de evangelización silenciosa, pero poderosa. Allí entendemos que no estamos llamados a ser solo receptores de la gracia, sino testigos vivos de ella.

En este sentido, la santidad es misión. No es un fin en sí mismo, sino un medio por el cual Cristo se da a conocer al mundo. Cuando una Iglesia vive en santidad, no necesita recurrir a adornos externos para mostrar su relevancia ni

depender de programas; su misma vida se convierte en mensaje. Es entonces cuando la belleza de la santidad se despliega: una comunidad donde reina la paz, donde se practica el perdón, donde el amor no es un discurso, sino una realidad palpable. Ese testimonio tiene un poder que ninguna estrategia humana puede igualar, porque no proviene del esfuerzo humano, sino del Espíritu Santo que santifica y da fruto en nosotros.

El misterio de la santidad alcanza su plenitud cuando comprendemos que no se trata únicamente de un estilo de vida ético ni de un código moral superior, sino de un acto de adoración. La santidad es, en esencia, un ofrecimiento. El creyente no se reserva nada para sí mismo, sino que reconoce que todo le pertenece a Dios.

La belleza de la santidad se despliega en toda su fuerza cuando no la vemos como simple abstinencia, sino como plenitud espiritual; no es vacío, sino plenitud de sentido; no es represión, sino celebración. Cuando ofrecemos nuestro cuerpo como sacrificio vivo, descubrimos que la adoración ya no está limitada al templo ni al domingo, ni a una canción, sino que invade nuestra vida cotidiana.

Trabajar con excelencia, servir con humildad, hablar con verdad, amar sin condiciones, perseverar en la pureza: todo se convierte en culto cuando se hace para el Señor. La vida santa es la mayor liturgia, porque es continua, sincera y sostenida por el amor.

Y es precisamente el amor la fuente de toda santidad. No nos consagramos para ganar méritos, ni para impresionar a otros, ni por miedo a un castigo. La santidad nace como respuesta al amor divino que nos alcanzó en Cristo. El amor de Dios no solo nos perdonó, sino que nos transformó, y esa transformación se expresa en una vida consagrada. Quien ha sido tocado por la gracia no puede permanecer igual. La gratitud lo impulsa, la esperanza lo sostiene, el amor lo guía. La santidad se convierte en la melodía natural de un corazón redimido.

Por eso la santidad es gozo. No es un esfuerzo triste, sino un deleite creciente. Quien vive en santidad experimenta la dicha de caminar en armonía con su Creador. Como los recordados dichos de David: ***“Me has hecho conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con Tu presencia”*** (Hechos 2:28). El gozo de la santidad no se fundamenta en la ausencia de problemas o tentaciones, sino en la certeza de estar viviendo bajo la sonrisa de Dios. Es un gozo que permanece aún en las lágrimas, porque no depende de las circunstancias, sino de la comunión.

Esta perspectiva nos recuerda que la santidad no puede ser vivida como una carga. Cuando se convierte en legalismo, pierde su hermosura. La santidad verdadera es la que produce fruto del Espíritu. Es el Espíritu quien produce en nosotros la paciencia, la mansedumbre, la templanza; es el Espíritu quien nos capacita para decir “no” al pecado y “sí” a la voluntad de Dios. De ahí que la santidad no sea un logro humano, sino un milagro divino. El creyente participa en ese milagro por

medio de la obediencia, pero la gloria siempre pertenece a Dios.

Vivir en santidad es, entonces, vivir en el gozo de saberse amado y en el privilegio de amar de vuelta. Es andar por un camino que, aunque estrecho, está iluminado por la gracia. Es experimentar la libertad de no tener que esconder nada, porque la luz ha disipado toda tiniebla. Es mirar la vida como altar, y cada decisión como ofrenda.

Al final, la belleza y el gozo de la santidad nos conducen a un horizonte eterno. Lo que aquí vivimos de manera parcial será consumado cuando veamos a Cristo cara a cara. Entonces, la santidad ya no será un anhelo, sino una realidad perfecta.

Mientras tanto, caminamos como peregrinos, mostrando al mundo que la verdadera libertad, el verdadero gozo y la verdadera adoración no están en las sombras de este siglo, sino en la luz de Cristo. Esa es la invitación: abrazar la santidad no como un peso, sino como el privilegio más grande de todo creyente. Porque allí, en la santidad, descubrimos la plenitud de la vida y el gozo inefable de adorar al Dios que nos amó primero.

***“Canten a Dios, canten salmos a su nombre;
aclamen a quien cabalga sobre las nubes,
y regocíjense en su presencia.
¡Su nombre es el Señor!*”**

***Padre de huérfanos y defensor de viudas
es Dios en su morada santa.”***

Salmo 68:4 y 5



EPÍLOGO

“Daré a conocer la grandeza de mi santo nombre, el cual ha sido profanado entre las naciones, el mismo que ustedes han profanado entre ellas. Cuando dé a conocer mi santidad entre ustedes, las naciones sabrán que yo soy el Señor, afirma el Señor y Dios.”

Ezequiel 36:23

La santidad ha sido, a lo largo de estas páginas, presentada no como un ideal inalcanzable, sino como el llamado constante de un Dios que sigue siendo santo y que continúa buscando un pueblo que refleje Su carácter. No podemos olvidar el clamor de la Palabra: ***“Sed santos, porque yo soy santo” (Levítico 19:2)***. Este mandato no quedó sepultado en la historia de Israel ni se redujo a un antiguo código religioso; por eso se repite en el Nuevo Testamento: ***“porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:16)***.

Es el mismo mandato, pero con un cambio absolutamente contundente. El Pacto es otro, porque ahora vivimos en Cristo y es en Su autoridad y poder que podemos acceder a la gracia de Su santidad. En la Ley, el Señor demandaba santidad, pero todos fallaban porque Él no les otorgaba la capacidad, sino solo el mandato; por eso, la Ley produjo muerte. Sin embargo, en Cristo, el Señor nos sigue demandando santidad, pero nos limpia con Su sangre y nos

otorga Su Espíritu Santo, para que Él obre en nosotros poniendo el querer como el hacer, conforme a Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**).

La santidad en Cristo ha dejado de ser una carga de opresión. Tampoco es un traje que vestimos en la asamblea dominical, ni una fachada que construimos para mantener intacta la reputación religiosa. No es un decoro superficial, sino la transformación radical que opera el Espíritu en lo profundo del ser. Es allí donde se libra la batalla decisiva: en el corazón, en los pensamientos que nadie escucha, en las decisiones que nadie presencia, en las motivaciones que solo Dios conoce.

Por eso, Jesús advirtió con firmeza contra los fariseos que honraban con sus labios, pero cuyo corazón estaba lejos de Dios (**Mateo 15:8**). El epílogo de este libro no pretende cerrar un tratado moralista ni levantar un código de nuevas exigencias, sino volver la mirada hacia Cristo, el Santo de Dios, cuya vida y sacrificio nos capacitan para vivir en verdadera pureza.

El mayor desafío de la santidad en tiempos de hipocresía no es tanto discernir el error externo, sino permitir que la luz de Dios atraviere nuestra propia oscuridad. Es fácil identificar la levadura de los hipócritas en otros; lo difícil es reconocer la tendencia a disfrazar nuestra propia desnudez espiritual. Aquí radica el acto de valentía que todo discípulo debe abrazar: dejar que la Palabra de Dios, más cortante que espada de dos filos, penetre hasta lo más profundo del alma

y del espíritu, discerniendo intenciones y pensamientos **(Hebreos 4:12)**.

Si este libro ha intentado algo, ha sido mostrar que la santidad no es un lujo reservado para unos pocos “consagrados”, sino la condición normal de todo aquel que ha sido alcanzado por la gracia. Solo debemos ser humildes y sinceros. No se trata de un camino de perfeccionismo, sino de rendición. No consiste en vivir sin errores, sino en vivir sin máscaras. Es la libertad de caminar en la luz, aunque ello implique que nuestras debilidades queden al descubierto. Y es precisamente allí donde el poder de Cristo se perfecciona **(2 Corintios 12:9)**.

Hoy más que nunca, la Iglesia necesita hombres y mujeres que renuncien al espejismo de la religiosidad y abracen la hermosura de una vida íntegra. La cultura digital puede amplificar la imagen de un ministerio, pero solo la santidad puede sostenerlo en la eternidad.

Las redes sociales pueden proyectar una vida editada, pero solo la pureza interior revela la vida de Cristo en nosotros. La sociedad necesita ver creyentes que no solo prediquen la verdad, sino que la encarnen. Porque, al final, nuestro mayor argumento no son nuestros discursos, sino nuestra forma de vivir. Como dijo el apóstol Pablo: ***“Vosotros sois nuestra carta... escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo”*** (2 Corintios 3:2 y 3).

El llamado a la santidad sigue vigente, y no se trata de una opción secundaria, sino de una exigencia vital. ***“Sin santidad nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14)***. No hay atajos ni sustitutos. Lo que está en juego no es solo la salud espiritual de la Iglesia, sino el testimonio del Evangelio en un mundo cansado de falsedad. En tiempos donde lo aparente vale más que lo real, la santidad se convierte en la mayor forma de resistencia y en la más poderosa proclamación de la verdad.

Al contemplar el horizonte de la fe, descubrimos que la santidad no es una carga pesada, sino un camino de gozo. No se impone como un yugo esclavizante, sino que se ofrece como la verdadera libertad. Lejos de ser un estado de represión, es la plenitud de la vida en Cristo. Cuando Pablo exhorta a presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, no está invitando a un ascetismo estéril, sino a la experiencia más profunda de adoración: la entrega total de nuestro ser como respuesta de amor a la gracia recibida.

La santidad es bella porque nos hace partícipes de la naturaleza divina **(2 Pedro 1:4)**. Nos libera de las cadenas del egoísmo y nos conduce a la amplitud del amor verdadero. El santo no es quien se aísla del mundo, sino aquel que vive en el mundo sin dejarse moldear por él. El santo es testigo del Reino en medio de la historia, señal de esperanza en medio de la corrupción, reflejo del Dios invisible en medio de la incredulidad. La santidad no es una teoría abstracta: es una

vida concreta que encarna la justicia, la misericordia y la verdad.

Por eso, no podemos quedarnos en lamentos por la hipocresía que contamina la Iglesia o por el descrédito que sufre el Evangelio. El tiempo del juicio comienza por la casa de Dios (**1 Pedro 4:17**), y esa realidad nos llama a revisar nuestras sendas. Pero ese juicio no es un fin en sí mismo; es una invitación a volver al Señor. La buena noticia es que, a pesar de nuestras inconsistencias, Dios sigue obrando en nosotros para querer y hacer conforme a Su buena voluntad. Él no nos llama a la santidad para abandonarnos en la lucha, sino para acompañarnos con Su Espíritu en cada paso del camino.

Así, la santidad se convierte en la mejor defensa contra la hipocresía. Donde hay transparencia, la máscara se derrumba. Donde hay confesión sincera, la mentira pierde fuerza. Donde hay vida en el Espíritu, las apariencias dejan de tener poder. El antídoto a la religiosidad vacía, no es un nuevo modelo de iglesia ni una mejor estrategia ministerial, sino una comunidad de creyentes que han decidido vivir en la verdad. Allí, en la sencillez de una fe genuina, la gloria de Dios puede manifestarse con poder.

El epílogo de este libro quiere ser más que un cierre literario: quiere ser una invitación. Una invitación a elegir entre la comodidad de las apariencias y la radicalidad de la verdad. Una invitación a dejar la mediocridad espiritual y abrazar la vida abundante que Cristo promete. Una invitación

a brillar como luminare en medio de una generación torcida y perversa **(Filipenses 2:15)**. Una invitación, en fin, a experimentar la belleza y el gozo de la santidad, no como un ideal lejano, sino como el presente posible de quienes caminan con Dios.

Y cuando todo llegue a su culminación, cuando la historia se cierre y el Cordero sea exaltado en Su venida, los que respondieron al llamado a la santidad verán Su rostro y estarán para siempre en Su presencia. Allí no habrá máscaras, ni hipocresías, ni luchas con el pecado. Solo quedará la plenitud del amor perfecto, la comunión eterna y la gloria de un Dios que hizo de un pueblo común, un pueblo santo. Que esa esperanza nos sostenga en el camino, nos inspire en la lucha y nos impulse a vivir hoy, con toda pasión y con la certeza de nuestra fe en el Reino.

“Sucedde lo mismo con nosotros. Ahora vemos todo como el reflejo tenue de un espejo oscuro, pero cuando llegue lo perfecto, nos veremos con Dios cara a cara. Ahora mi conocimiento es parcial, pero luego mi conocimiento será completo. Conoceré a Dios tal como él me conoce a mí.”

1 Corintios 13:12 PDT



Oración final:

Señor Santo y eterno, nos presentamos delante de Ti con corazones agradecidos, porque en medio de nuestras debilidades Tú no dejas de llamarnos a vivir en la luz. Gracias porque no nos exiges lo que no nos has dado, sino que en Cristo nos has provisto todo lo necesario para la vida y la piedad. Gracias porque Tu Espíritu es quien nos convence, nos limpia y nos capacita para caminar en integridad...

Hoy levantamos nuestra voz y confesamos que muchas veces hemos preferido las apariencias antes que la verdad, el reconocimiento humano antes que Tu aprobación, y el silencio de la comodidad antes que la voz de una conciencia pura. Perdónanos, Señor. Líbranos de la hipocresía que endurece el corazón y del engaño que oscurece el testimonio. Haznos sensibles a Tu Palabra y dóciles a Tu Espíritu...

Danos la valentía para vivir una santidad auténtica, no como un peso, sino como un gozo. Enséñanos a ver la pureza no como una renuncia amarga, sino como la verdadera libertad en Ti. Ayúdanos a ser cartas vivas que reflejen a Cristo en cada gesto, en cada palabra y en cada decisión cotidiana. Que nuestras familias, nuestras comunidades y nuestro mundo puedan ver en nosotros no la religión de los hombres, sino la vida del Dios vivo...

Señor, en un tiempo donde la hipocresía parece más fácil que la verdad, levanta una Iglesia sin mancha ni arruga, un

pueblo sencillo pero lleno de Tu gloria, hombres y mujeres que ardan con un amor genuino por Ti. Que Tu santidad sea nuestro deleite, nuestra defensa y nuestra herencia eterna...

Y cuando lleguemos al final del camino, recíbenos en Tu presencia, donde no habrá más máscaras, ni luchas, ni lágrimas; donde solo quedará la belleza del Cordero y el gozo de adorarte por los siglos de los siglos...

*En el nombre de Jesús, nuestro Santo y Salvador, oramos.
Amén.*



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mi página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

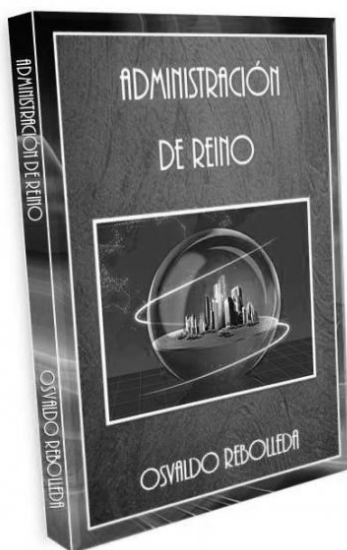
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

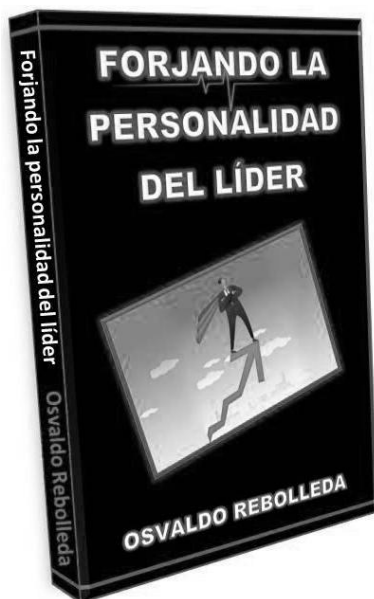
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

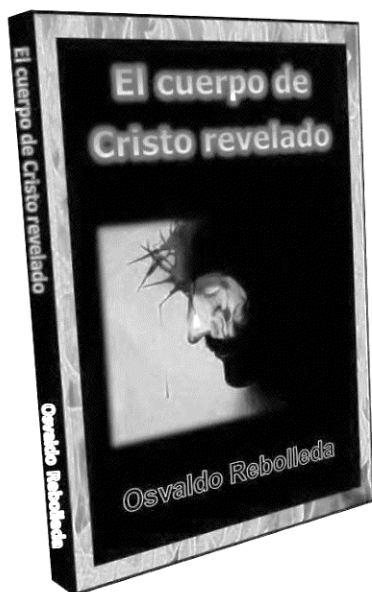
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

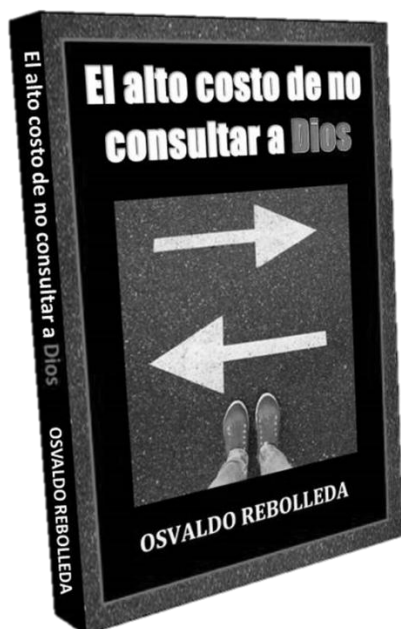


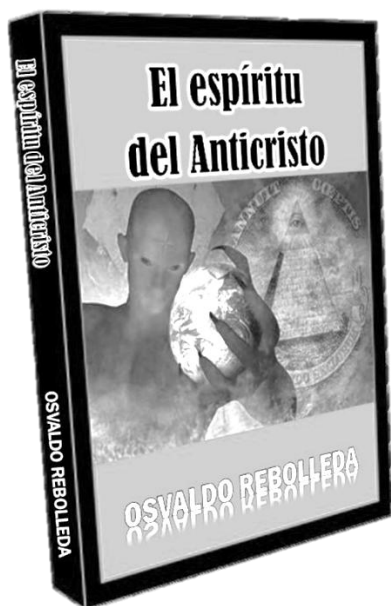
www.osvaldorebolleda.com



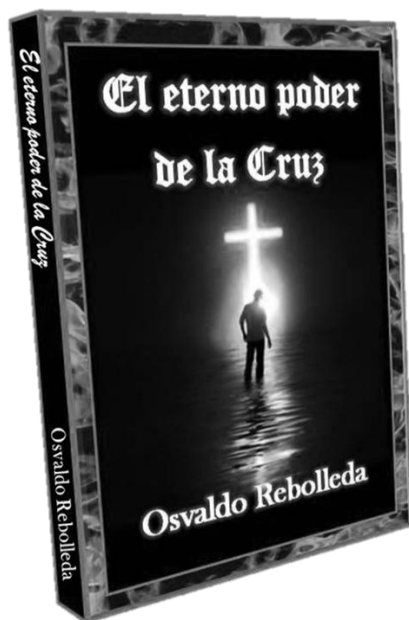
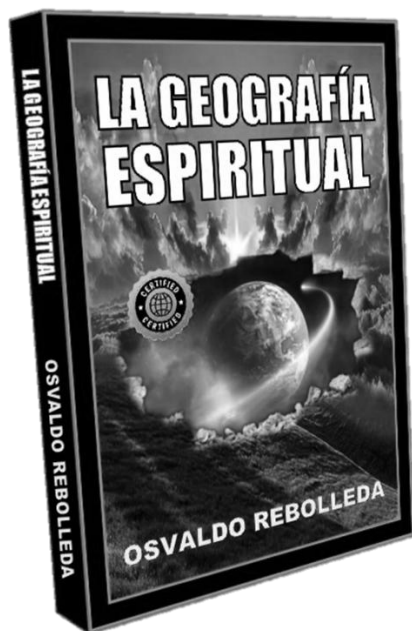


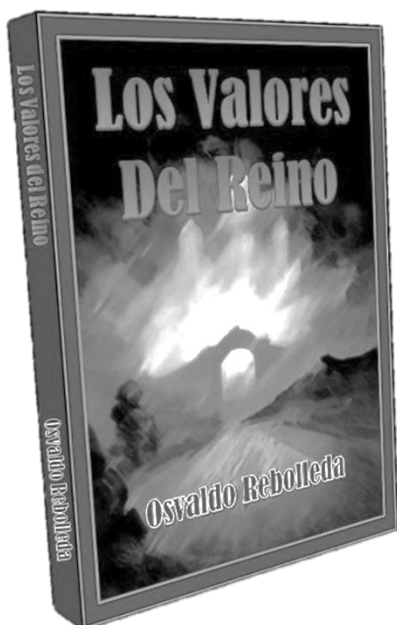
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

